

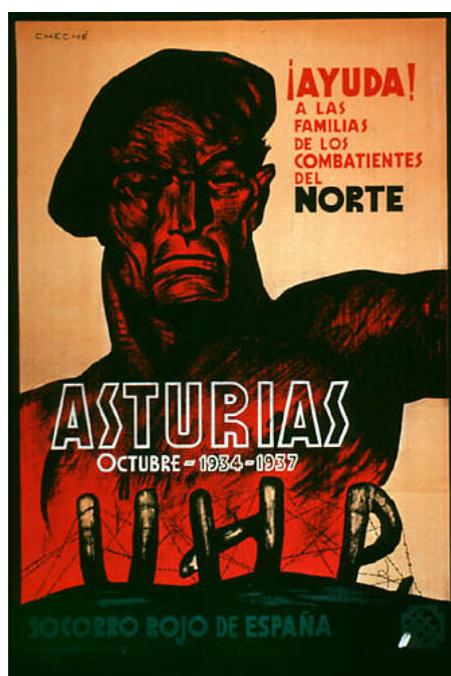
La emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos

# **Combate Socialista**

**Órgano del Comité Central del POSI**

Sección en España de la IV Internacional

Nueva serie, nº 14 Noviembre 2004



**¿Frente Único Obrero o “Unidad de los Revolucionarios”? . Pág 2**

**Fusi, el falso profeta. Pág 12**

**La Insurrección de Asturias de 1934 (primera parte). Pág 17**

## ¿Frente Único Obrero o “Unidad de los revolucionarios”?

La clase obrera sólo puede intervenir en política por medio de su organización. Por eso la clase se organiza en sindicatos, en partidos y en asambleas y soviets. De manera consciente o inconsciente, los obreros sienten que su fuerza está en su organización, en el peso de la acción de miles, de cientos de miles, de millones. Por eso, la clase trabajadora siente una profunda aspiración hacia la unidad de sus filas, y también hacia la unidad de sus organizaciones.

La primera Internacional, que agrupaba en su filas a organizaciones políticas y sindicales, y a los elementos marxistas y anarquistas, era la expresión de esa aspiración a la unidad.

Sin embargo, la clase obrera está organizada en distintas organizaciones. La II Internacional fue la organización de los partidos y sindicatos de masas. Se organiza en la época en que la sociedad capitalista desarrollaba aún las fuerzas productivas, y se nutrió de las reformas que los trabajadores impusieron. Pero su dirección, pronto controlada por una verdadera aristocracia obrera, traicionó el combate contra la guerra (decidido por los Congresos de la Internacional), apoyando en 1914 con su voto los créditos de guerra de los distintos países. La traición de la socialdemocracia en 1914, cuando, al servicio de las burguesías imperialistas, ayudó a llevar a los obreros, embutidos en sus uniformes, a la masacre imperialista, tuvo su continuación en la oleada revolucionaria que siguió a la Primera Guerra Mundial, durante la cual la socialdemocracia puso todo el peso de sus organizaciones al servicio del aplastamiento de las revoluciones obreras que surgieron en diversos países (no dudando en organizar el asesinato de los dirigentes revolucionarios, como Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, que pocos meses antes eran compañeros de partido de sus asesinos). Ello llevó a que los elementos revolucionarios, siguiendo a los bolcheviques, rompieran con la socialdemocracia para crear los partidos comunistas, la Internacional Comunista. La degeneración de la III Internacional, convertida por Stalin en un elemento de su política contrarrevolucionaria al servicio de

los intereses de la *Nomenklatura*<sup>1</sup> que usurpó el poder en la URSS, condujo a Trotsky y sus seguidores a fundar en 1938 la IV Internacional.

La IV Internacional tiene un elemento de enorme fortaleza; su programa revolucionario, fruto de las mejores experiencias de las 3 primeras internacionales, pero numéricamente es débil. La tarea de construir partidos revolucionarios de masas, que permitan solucionar la contradicción entre la actualidad de la revolución proletaria y la inexistencia de una dirección que lleve a la clase obrera a la victoria, es una tarea por realizar.

La inmensidad de la tarea a realizar, junto con la indignación de muchos de los mejores elementos de la clase trabajadora –y en particular, de la juventud trabajadora– ante la sumisión de los dirigentes socialdemócratas, los dirigentes sindicales y los dirigentes estalinistas, reconvertidos o no, al orden burgués, generan entre los elementos revolucionarios una gran impaciencia. Pero no es posible construir el tejado de una casa sin construir las paredes, que a su vez sólo pueden construirse sobre los cimientos. Y del mismo modo que se exige a cualquier arquitecto conocer los principios básicos de la construcción de edificios, establecidos por la experiencia de la ciencia arquitectónica, todo revolucionario debe conocer los principios de la ciencia de la liberación de la clase trabajadora, el marxismo, establecidos a lo largo de la experiencia de las organizaciones obreras, tan necesarios para construir el partido revolucionario como los de la arquitectura para construir un edificio..

Los primeros partidos comunistas estaban formados por elementos jóvenes, surgidos de la ruptura con la política socialpatriota de la socialdemocracia, indignados por la traición de sus dirigentes, impacientes por hacer la revolución. Por ello no faltaban en

---

<sup>1</sup> Hay que recordar que esta *Nomenklatura* no ha jugado ningún papel histórico progresivo. Después de actuar durante años como correa de transmisión del imperialismo en el seno del estado obrero, participa después de su crisis mortal en 1991, convertida en mafias, en la sustitución de la propiedad social, al servicio del FMI

ellos los elementos ultraizquierdistas y sectarios. Lenin consideraba al izquierdismo de esos comunistas una “enfermedad infantil” del comunismo, manifestación de la propia juventud de los partidos comunistas, y dedicó no pocos esfuerzos a corregir esos errores. Pero han pasado 85 años desde la creación de los partidos comunistas, y las manifestaciones que se consideran infantiles o juveniles al comienzo de la vida son, con más de 80 años, consideradas por cualquier observador como signos de demencia senil. Confrontados con la contradicción que suponía el que los partidos comunistas fueran una minoría dentro de la clase trabajadora, que seguía mayoritariamente a la socialdemocracia y las burocracias sindicales, los bolcheviques aconsejaron a los jóvenes partidos comunistas una línea basada en volcarse hacia las masas, para disputar a la socialdemocracia la dirección de la clase trabajadora, en la acción política y en la defensa de las reivindicaciones obreras. La Internacional Comunista, en su tercer y cuarto congresos, definió esta línea de actuación, conocida como *Frente Único Obrero* (FUO).

La línea de FUO no es sino la síntesis de la experiencia de los bolcheviques entre febrero y octubre de 1917. Durante ese periodo, la revolución de febrero había llevado al poder a los mencheviques y socialistas-revolucionarios, lo que generaba una contradicción entre la voluntad de las masas, que reclamaban la tierra, la paz, el pan, y la de los partidos en el gobierno. Durante esos meses, Lenin alertó a los bolcheviques contra las tentaciones ultraizquierdistas, recomendando “explicar pacientemente” a las masas sus propuestas, y orientó al Partido Bolchevique hacia una línea que permitiera a las masas hacer en la práctica el balance de sus direcciones. La consigna “todo el poder a los soviets” era, hasta Octubre de 1917, “todo el poder a los soviets dominados por mencheviques y social-revolucionarios”. Los bolcheviques, entonces, se dirigían a mencheviques y socialistas-revolucionarios, diciéndoles “romped con los ministros burgueses, tomad el poder, y tendréis nuestro apoyo” Durante el intento de golpe militar del general Kornilov, los bolcheviques –con Trotsky encarcelado y Lenin fugado, acusados ambos de ser agentes alemanes- ofrecieron

el apoyo incondicional de los bolcheviques a mencheviques y social-revolucionarios para luchar unidos contra Kornilov. Sólo una exigencia hacía Lenin: el mantenimiento de la independencia del Partido Bolchevique, desechando todo intento de unificación con el menchevismo, y manteniendo su libertad de crítica a los mencheviques y social-revolucionarios.

El *Frente Único Obrero* se apoya en el movimiento natural de la clase obrera, en la aspiración de la clase trabajadora a la unidad de sus organizaciones para defender sus derechos y reivindicaciones. En cada huelga, los trabajadores se dirigen a sus sindicatos para pedirles que defiendan unidos las reivindicaciones de esa huelga, que organicen juntos la movilización. Incluso aunque sientan una cierta desconfianza hacia ellos, saben que sin sus organizaciones no pueden triunfar. Los trabajadores no inician cada huelga desde cero. Saben que en huelgas anteriores fueron traicionados. No tienen confianza ciega en sus sindicatos (de hecho, vemos como muchos trabajadores no se organizan en sindicatos ni participan en las elecciones sindicales). Pero saben que sin ellos no pueden triunfar. Por eso muchas veces buscan forzar a sus organizaciones cuando se dirigen a ellas para exigir la unidad y la defensa de las reivindicaciones. Y por eso instintivamente rechazan a los sindicatos “rojos” que se basan en la denuncia de sus organizaciones. Los marxistas revolucionarios agrupados en la IV Internacional apoyamos incondicionalmente el esfuerzo de los trabajadores por lograr la unidad de sus sindicatos en cada huelga, y señalamos que la única manera de organizar esa unidad es por medio de asambleas generales de fábrica que elijan un comité de huelga unitario con participación de los sindicatos.

Todos conocemos una figura que no falta en ninguna fábrica; la del esquirolo “de izquierda”. Este personaje nunca hace la huelga, alegando que es inútil ir a la movilización porque los dirigentes sindicales van a traicionar, o alegando que él no cree en la huelga legal, pero si convocaran una huelga salvaje... entonces él sería el primero. Pero si pedimos a este personaje que nos ayude a echar a los dirigentes sindicales traidores, nos contestará

indefectiblemente que eso no es posible, que los sindicatos están podridos, etc. Para él no puede echarse a los dirigentes traidores, y no puede irse a la huelga mientras estén esos dirigentes... luego nunca se podrá ir a la huelga. Como puede verse, los ultraizquierdistas que nos proponen “romper con los sindicatos” comparten muchas características con estos “esquiroleros de izquierda”. Los obreros normales se niegan a seguir a unos y a otros, y las huelgas – y las revoluciones- las hacen los obreros normales junto con los obreros revolucionarios, que han demostrado a esos obreros normales en sus luchas cotidianas que no tienen intereses distintos de los suyos, y que van hasta el final en defensa de esos intereses comunes.

El *Frente Único Obrero* no es la unidad a cualquier precio. La IV Internacional ha acuñado un término, la *Unicidad Sindical*, para definir la unidad de los dirigentes sindicales contra las reivindicaciones obreras. La unidad de CCOO y UGT para negociar el Pacto Social es una expresión de esa *Unicidad Sindical*. Como lo es la unidad de CCOO y UGT que quiere imponer desde arriba el sometimiento a la Confederación Europea de Sindicatos, que quiere poner a todos los sindicatos a las órdenes de los jefes de Bruselas. Pero los revolucionarios combatimos incondicionalmente por la unidad de CCOO y UGT para organizar la Huelga General contra el Decretazo. El FUIO es la unidad de los trabajadores y sus organizaciones en defensa de los derechos, conquistas y reivindicaciones obreras. La IC definía el FUIO como una línea “clase contra clase”: los trabajadores y sus organizaciones contra la burguesía, aunque fuera para una reivindicación parcial y limitada.

El FUIO tampoco es un acuerdo diplomático entre organizaciones. La Internacional Comunista en vida de Lenin exigía como principio el derecho de los partidos comunistas a mantener sus diferencias y sus críticas a los dirigentes socialdemócratas, a la vez que se hacía la unidad con ellos para la lucha. El IV Congreso de la IC decía: “Luego de asegurarse una total libertad de propaganda, los partidos comunistas en todos los países se esfuerzan actualmente por realizar una unidad tan completa como sea posible de las masas obreras en el

*terreno de la acción práctica*”. La consigna que definía esta línea era la de “marchar por separado, pero golpear juntos”. FUIO es la organización en común de manifestaciones contra la guerra de Irak, por la retirada de las tropas españolas, en las que cada organización lleva sus propias pancartas y defiende sus propias consignas.

En 1926 los obreros ingleses llevaron a cabo una oleada de huelgas semirrevolucionarias en defensa de sus reivindicaciones. Los dirigentes de las Trade Unions, presionados por su base, solicitaron la solidaridad de los sindicatos soviéticos, que organizaron colectas en cada fábrica para apoyar a los huelguistas ingleses. Hasta aquí el FUIO en su pura expresión. Pero los dirigentes de la URSS – y con ellos los del PC inglés- dejaron toda la organización de la huelga en manos de los dirigentes reformistas de las Trade Unions, y se abstuvieron de toda medida, de toda consigna, que pudiera provocar el desagrado de éstos. De este modo el Comité Anglo-Ruso (formado por los sindicatos ingleses y los rusos) sólo sirvió para que los dirigentes sindicales de las Trade Unions se cubrieran con el prestigio de la revolución rusa, para maniobrar sin obstáculos contra la huelga. Con su apoyo, los estalinistas desarmaron a los obreros ingleses frente a la inevitable traición de esos dirigentes.

Tampoco es el Frente Único un apoyo a los dirigentes reformistas. Al contrario, apoyándonos en la aspiración de los trabajadores a la unidad, los revolucionarios nos dirigimos a las organizaciones mayoritarias de la clase trabajadora para que asuman y organicen la defensa de las reivindicaciones obreras. No otorgamos ninguna confianza a esas organizaciones, pero manifestamos que en tanto defiendan las reivindicaciones obreras contarán con nuestro apoyo. No seremos nosotros quienes rompamos la unidad. Como decían las “tesis sobre la unidad del frente proletario” del IV Congreso de la IC: “Mientras que, entre los trabajadores que recién acceden a una vida política consciente y que aún no poseen experiencia, la consigna del Frente Único es la expresión sincera del deseo de oponer a la ofensiva patronal todas las fuerzas de la clase obrera, esa consigna sólo es, por parte de los líderes reformistas, una nueva tentativa de

engañar a los obreros para conducirlos por el camino de la colaboración de clases. La inminencia de una nueva guerra imperialista, la carrera armamentista, los nuevos tratados secretos de las potencias imperialistas, no solamente no decidirán a los dirigentes de la II Internacional, de la Internacional II y ½ y de la Internacional de Amsterdam a dar la voz de alarma y colaborar efectivamente en la tarea de lograr la unidad internacional de la clase obrera, sino que suscitarán infaliblemente entre ellos las mismas disensiones que en el seno de la burguesía internacional. Ese es un hecho inevitable dado que la solidaridad de los «socialistas» reformistas con «sus» burguesías nacionales respectivas constituye la piedra angular del reformismo

Esas son las condiciones generales en medio de las cuales la Internacional Comunista y sus secciones deben precisar su actitud en relación con la consigna de la unidad del frente obrero.” Por tanto, al proponer la táctica de F.U.O., la IC era consciente de que la unidad obrera contra la burguesía es ajena a la naturaleza de las organizaciones traidoras. En última instancia, serán ellas las que rompan la unidad del frente proletario, permitiendo a los obreros que tenían ilusiones en ellas hacer la experiencia práctica, en la movilización por sus reivindicaciones, del papel de esas organizaciones y de los militantes revolucionarios.

La IC continuaba: “En Francia, el Partido Comunista engloba a la mayoría de los trabajadores políticamente organizados. En consecuencia, el problema del Frente Único asume un aspecto algo diferente del que presenta en otros países. Pero también en Francia es preciso que toda la responsabilidad de la ruptura del frente obrero recaiga sobre nuestros adversarios. La fracción revolucionaria del sindicalismo francés combate con razón la escisión en los sindicatos y defiende la unidad de la clase obrera en la lucha económica. Pero esta lucha no se detiene en el umbral de la fábrica. La unidad también es indispensable contra la ola de reacción, contra la política imperialista, etc. La política de los reformistas y de los centristas, luego de haber provocado la escisión en el seno del partido, amenaza ahora la unidad del movimiento sindical, lo que prueba que, al

igual que Jean Longuet, Jouhaux sirve, en realidad, a la causa de la burguesía. La consigna de la unidad política y económica del Frente Proletario contra la burguesía es el mejor medio de acabar con las maniobras escisionistas.

Cualesquiera que sean las traiciones de la CGT reformista que dirigen Jouhaux, Merrheim y consortes, los comunistas, y con ellos todos los elementos revolucionarios de la clase obrera francesa, se verán obligados a proponer a los reformistas, ante toda huelga general, ante toda manifestación revolucionaria, ante toda acción de masas, la unidad en esa acción y, tan pronto como los reformistas la rechacen, deberán desenmascararlos ante la clase obrera. De ese modo, la conquista de las masas obreras apolíticas nos será más fácil.”

Algunos creen seguir al pie de la letra esta recomendación por medio de la emisión de ultimátums. Pero el Frente Único es más que una maniobra para desenmascarar a las direcciones reformistas. Es la táctica por la cual, en la acción política práctica por las reivindicaciones asumidas por el conjunto de la clase trabajadora, se pone de manifiesto la actitud de los dirigentes reformistas, incapaces de defender hasta el fin esas reivindicaciones.

El F.U.O. es la política de unidad de los trabajadores y de sus organizaciones para la lucha contra el capital. Se hace F.U.O. para tareas prácticas y concretas. No para la propaganda (cada organización hace la suya: “marchar por separado y golpear juntos”). En el terreno electoral, el F.U.O. no supone la alianza electoral. Las elecciones son lo opuesto a una movilización. La participación de los marxistas en ellas se reduce a la agitación de los puntos centrales del programa obrero y socialista. Por supuesto esto no impide la realización de tácticas electorales especiales. Por ejemplo, en determinados casos los marxistas pueden llamar a votar a un partido obrero reformista, pero el apoyo a una candidatura de los partidos obreros tradicionales, se basa siempre en la orientación de ruptura con la burguesía. Pero al apoyar el voto a esos partidos no compartimos su programa, sino que proponemos el de ruptura con la burguesía.

La táctica de “entrismo” en las organizaciones socialdemócratas que

propugnaba Trotsky en los años 30 era, en el fondo, una derivación de la táctica de F.U.O., de la línea “hacia las masas”. Partiendo de la radicalización de las bases de las organizaciones socialdemócratas –y en particular, de las de sus organizaciones juveniles- Trotsky animaba a los partidarios de la IV Internacional a entrar de manera transitoria en esas organizaciones para ayudar a sus militantes a combatir contra la dirección reformista y orientarlos a la construcción de una organización revolucionaria. Línea que nada tiene que ver con las orientaciones de “entrismo profundo” de los pablistas en los PC o de la corriente “Militant” en la socialdemocracia y los PCs, que buscan una mítica conversión de las direcciones de esas organizaciones a la causa de la revolución. Alan Woods, dirigente de Militant, formulaba en una conferencia en Sevilla su orientación de esta manera. “¿Para qué perder las energías en construir pequeñas organizaciones aisladas de los trabajadores, cuando los trabajadores ya tiene grandes organizaciones como el PSOE e IU?”.

### **El Frente Único y los Sindicatos**

Los sindicatos y los soviets fueron definidos por Trotsky como organizaciones de Frente Único, ya que en ellos se agrupan trabajadores de distintos partidos, junto con los obreros sin partido. En los sindicatos el objetivo común es la defensa de las reivindicaciones económicas de los trabajadores. La Internacional Comunista en vida de Lenin llamó a los militantes de los partidos comunistas a militar incansablemente dentro de los sindicatos obreros, y rechazó toda línea de ruptura sindical o de constitución de “sindicatos rojos”.

Aunque nos hemos referido con detenimiento a esta cuestión en Combate Socialista nº 13 (“Izquierda Unida ¿Qué salida?”), se trata de algo tan importante que merece la pena volver sobre algunas cuestiones. ¿Qué actitud recomendaban Lenin y Trotsky a los Partidos Comunistas, incluso los de masas, frente a esta cuestión? El III Congreso de la Internacional Comunista (1920) aprobó una resolución sobre “El movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresas”, en la que se decía: “es importante que los comunistas de todos

*los países formen parte de los sindicatos y trabajen para convertirlos en órganos conscientes de lucha para la liquidación del régimen capitalista y el triunfo del comunismo. Ellos deben tomar la iniciativa de la creación de los sindicatos en aquellos lugares donde aún no existan.*

*Toda deserción voluntaria del movimiento profesional, toda tentativa de creación artificial de sindicatos que no esté determinada por las violencias excesivas de la burocracia profesional (disolución de las filiales locales revolucionarias sindicales por los centros oportunistas) o por su estrecha política aristocrática que cierra a las grandes masas de trabajadores poco cualificados la entrada a los organismos sindicales, presenta un gran peligro para el movimiento comunista. Aparta de la masa a los obreros más progresistas, más conscientes, y la impulsa hacia los jefes oportunistas que trabajan para los intereses de la burguesía”*

En el III Congreso de la IC (1921), dentro de la resolución sobre “la Internacional Comunista y la Internacional Sindical Roja”, encontramos: “Durante el próximo período, la tarea capital de todos los comunistas es la de trabajar con energía, perseverancia, encarnizamiento para conquistar a la mayoría de los sindicatos. En ningún caso los comunistas deben dejarse desanimar por las tendencias reaccionarias que se manifiestan actualmente en el movimiento sindical y tienen que dedicarse, mediante la más activa participación en todos los combates cotidianos, a conquistar a los sindicatos para el comunismo pese a todos los obstáculos y las oposiciones”.

“En Alemania, el Partido es una excelente vía para conquistar gradualmente a los sindicatos. Ningún tipo de concesión puede ser hecha a los que preconizan el abandono de los sindicatos, pues esta actitud haría el juego a los socialpatriotas. Ante las tentativas de excluir a los comunistas hay que oponer una resistencia vigorosa y obstinada. Deben ser realizados los más grandes esfuerzos para conquistar la mayoría de los sindicatos”.

Esta lucha por conquistar la mayoría en los sindicatos supone la más dura oposición a toda línea de escisión sindical. En el IV Congreso de la IC (1922) se aprobaron unas “Tesis sobre la acción comunista en el movimiento sindical” que dedican un

apartado a “la lucha por la unidad sindical”. En él se dice: “21. La consigna de la Internacional Comunista (contra la escisión sindical) debe ser aplicada tan enérgicamente como antes, pese a las furiosas persecuciones a que los reformistas de todos los países someten a los comunistas. Los reformistas quieren prolongar la escisión valiéndose de las expulsiones. Persiguiendo sistemáticamente a los mejores elementos de los sindicatos, esperan desanimar a los comunistas, alejarlos de los sindicatos y hacerlos abandonar el plan profundamente meditado de la conquista de los sindicatos desde adentro pronunciándose por la escisión. Pero los reformistas no lo conseguirán.

22. La escisión del movimiento sindical, sobre todo en las condiciones actuales, representa el mayor peligro para el movimiento obrero en su conjunto. La escisión en los sindicatos obreros haría retroceder a la clase obrera varios años, pues la burguesía podría entonces retomar fácilmente las conquistas más elementales de los obreros. Los comunistas deben impedir a cualquier precio la escisión sindical. Por todos los medios, con todas las fuerzas de su organización, deben obstaculizar la criminal ligereza con la que los reformistas rompen la unidad sindical.

23. En los países donde existen paralelamente dos centrales sindicales nacionales (España, Francia, Checoslovaquia, etc.), los comunistas deben luchar sistemáticamente por la fusión de las organizaciones paralelas. Dado el objetivo de la fusión de los sindicatos actualmente escindidos, no es conveniente apartar a los comunistas aislados y a los obreros revolucionarios de los sindicatos reformistas, transfiriéndolos a los sindicatos revolucionarios. Ningún sindicato reformista debe quedar desprovisto del fermento comunista. El trabajo activo de los comunistas en los dos sindicatos es una condición para el restablecimiento de la unidad destruida.

La IC en vida de Lenin recomendaba mantener esta línea incluso frente a la expulsión de los comunistas de los sindicatos: “La exclusión de los comunistas, luego de su elección para desempeñar funciones sindicales, por parte de las organizaciones locales no solamente debe

suscitar protestas por la violencia ejercida contra la voluntad de los electores sino que debe provocar una resistencia organizada. Los miembros excluidos no tienen que permanecer dispersos. La tarea más importante de los partidos comunistas consiste en impedir la disgregación de los elementos excluidos. Deben organizarse en sindicatos de expulsados centrandose su trabajo político en un programa concreto y la exigencia de su integración.

La lucha contra las exclusiones es en realidad una lucha por la unidad del movimiento sindical. En este caso, todas las medidas que tiendan al restablecimiento de la unidad destruida son buenas. Los expulsados no deben permanecer aislados, así como tampoco las organizaciones revolucionarias independientes existentes en el país en cuestión, con vistas a la organización común de la lucha contra las expulsiones y para la coordinación de la acción en la lucha contra el capital.”

Y las conclusiones del texto son: “Prosiguiendo su camino hacia la conquista de los sindicatos y la lucha contra la política escisionista de los reformistas, el IV Congreso de la Internacional Comunista declara solemnemente que cuando los dirigentes de Amsterdam no recurran a las expulsiones, cuando den a los comunistas la posibilidad de luchar ideológicamente por sus principios en el seno de los sindicatos, los comunistas lucharán como miembros disciplinados en las filas de la organización única, marchando siempre adelante en todos los enfrentamientos y en todos los conflictos con la burguesía.

El IV Congreso de la Internacional Comunista declara que todos los partidos comunistas deben extremar todos sus esfuerzos para impedir la escisión en los sindicatos, hacer todo lo posible para reconstruir la unidad sindical destruida en ciertos países y obtener la adhesión del movimiento sindical de sus países a la Internacional Sindical Roja.”

Comentando la política de escisión sindical en el caso de las Trade Unions inglesas, Trotsky decía en “Comunismo y Sindicalismo”: “Aislándose cada vez más de la clase obrera, el Partido Comunista opuso a las Trade Unions, que agrupaban a millones de trabajadores, sus propios sindicatos, obedeciendo ciegamente a las

órdenes de la dirección de la Komintern, pero separados de la clase obrera como por un abismo; era el mejor regalo que podía hacerse a la burocracia sindical. Si ésta hubiera tenido la posibilidad de condecorar a alguien con la orden de la charretera, tendría que haber otorgado esta distinción a los dirigentes de la Komintern y la Profintern”<sup>2</sup> (...) “La Komintern ha acumulado muchas experiencias en este terreno. Enfrenta sistemáticamente los sindicatos que ha creado, es decir, los sindicatos comunistas, a las masas trabajadoras, con abierta hostilidad. Esto es caer en la más absoluta impotencia. Es una de las razones fundamentales de la derrota del partido comunista alemán”

En su artículo “Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista”, Trotsky decía: “De todo lo dicho se deduce claramente que a pesar de la continua degeneración de los sindicatos y de su integración progresiva en el Estado imperialista, la intervención en el seno de los sindicatos no sólo no ha perdido un ápice de su importancia, sino que debe proseguirse igual que antes, y en cierta medida se convierte incluso en un trabajo revolucionario. El objetivo de este trabajo sigue siendo fundamentalmente la lucha por ganar influencia en la clase obrera. Toda organización, todo partido, toda fracción que se permita una posición ultimartista en relación con los sindicatos, es decir, que de vuelve la espalda a la clase obrera, por el hecho de que sus organizaciones no son de su agrado, está condenado a morir. Y hay que decir que merece su destino”.

Los sindicatos no han sido creados por la burocracia que controla su dirección. Fueron creados por los trabajadores para la defensa de sus reivindicaciones, y reconstruidos con ese mismo fin en la lucha contra el franquismo en nuestro país. Los militantes de la IV Internacional no hacen entrismo en los sindicatos, sino que construyen los sindicatos obreros, con una línea basada en la defensa irreductible de las reivindicaciones obreras, de independencia de los sindicatos (“clase contra clase”) y de lucha por ayudar a la clase trabajadora a su reconquista de manos de la burocracia partidaria del capital.

---

<sup>2</sup> Profintern: Internacional Sindical Roja, ligada a la Internacional Comunista

### **La actualidad del Frente Único Obrero**

Algunas corrientes que se reclaman del trotskismo admiten la táctica de FUIO en el pasado, pero señalan que hoy no es de aplicación práctica. Según ellos, “la socialdemocracia de hoy no es la de 1920 y 1930” y los sindicatos actuales ya no son recuperables.

Pero la táctica de FUIO no parte de considerar que los dirigentes de la socialdemocracia o de los sindicatos sean más o menos “de izquierdas” o más o menos “revolucionarios”. Los dirigentes socialdemócratas de 1920 acababan de apoyar la guerra imperialista con los peores argumentos del chovinismo y el patriotismo. Tras la I Guerra Mundial los dirigentes de la socialdemocracia alemana organizaron desde el gobierno el aplastamiento de la revolución alemana, y el asesinato de los dirigentes comunistas alemanes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, fue organizado por el ministro socialdemócrata Noske, desde el gobierno presidido por el socialdemócrata Ebert. El dirigente laborista británico, Ramsay MacDonald, organizaba desde el gobierno la represión contra los trabajadores indios, represión que incluía el bombardeo contra ellos. Y podríamos seguir hasta el infinito. Al mismo tiempo, los dirigentes sindicales habían participado en primera línea en el apoyo a la masacre imperialista.

Los dirigentes del PSOE, del PCE o de los sindicatos no han dejado de ser “de izquierdas” ahora. Los bolcheviques rompieron con la II Internacional en 1917, porque consideraban que se había pasado del lado del orden burgués. Los trotskistas rompieron con los PCs en 1932, por idéntico motivo. La IV Internacional se fundó en 1938 precisamente partiendo de la conversión de la socialdemocracia y los PCs en aparatos contrarrevolucionarios.

Respecto de los sindicatos, su conversión en “pilares del capitalismo” no viene de ahora. Sin entrar en periodos anteriores, sabemos cómo durante la llamada “transición”, el aparato de CCOO –bajo la dirección entonces de Marcelino Camacho- estuvo en primera línea de la defensa de la monarquía, de la Constitución y de los Pactos de la Moncloa. Al mismo tiempo que se oponía con todas sus fuerzas a que los trabajadores

desmantelaran el odiado sindicato vertical. En aquel momento, la dirección de Camacho, traduciendo la política de Santiago Carrillo, hizo todo lo posible para impedir el hundimiento de la CNS, porque – según explicaba- quería transformarla desde el interior. Y la política de Pacto Social ha sido la de los dirigentes de CCOO y UGT desde 1977.

La política de FUO no se basa en el carácter más o menos “de izquierda” de los dirigentes de los partidos obreros o de los sindicatos, sino en la realidad del movimiento obrero. Y la realidad es que hoy la inmensa mayoría de los trabajadores sigue a los partidos obreros tradicionales (en nuestro país, en especial al PSOE) y se organiza en los sindicatos obreros (en nuestro país, de entrada en el sindicato tradicional, la UGT y en CCOO). Y por tanto, hoy la movilización de la clase trabajadora ha de partir de esa realidad, que incluye sus ilusiones políticas. Los trabajadores no adquieren su educación política en las tertulias. La clase trabajadora sólo puede avanzar en su conciencia política a partir de la acción concreta, de la movilización, del balance que cada trabajador hace de ese combate. Y si los revolucionarios queremos combatir con ellos, sólo podemos hacerlo basándonos en la táctica de FUO.

### **La alternativa ultraizquierdista al FUO**

Cuando la burocracia, bajo la dirección de Stalin, se apropió de la dirección de la Internacional Comunista y del partido Bolchevique, y tras un periodo en que aplicó la política de colaboración de clases sin tapujos (por ejemplo, durante la revolución china de 1926-27), adoptó la línea ultraizquierdista conocida como el “tercer periodo”.

La línea del “tercer periodo” se basaba en la caracterización de la socialdemocracia como “hermana gemela” o “ala izquierda” del fascismo, como “socialfascismo”, y negaba la posibilidad de todo acuerdo de FUO con los dirigentes socialdemócratas, a los que enfrentaba con una política basada exclusivamente en la denuncia de sus traiciones. También se definía a la CNT como “anarco-fascistas”<sup>3</sup>. Al mismo tiempo,

rompiendo con la línea de los IV primeros congresos de la Internacional Comunista, Stalin orientaba a los PCs a la escisión de los sindicatos, a la creación de “sindicatos rojos”.

A la línea de FUO (unidad de los trabajadores y sus organizaciones), el “tercer periodo” oponía la propuesta de “frente único en la base”, que exigía a los trabajadores socialdemócratas la ruptura con su dirección para hacer la unidad con los obreros comunistas.

Esa línea sólo conseguía aislar a los trabajadores comunistas de los obreros socialdemócratas, y de los afiliados a los sindicatos, muchos de los cuales querían honradamente luchar por las reivindicaciones obreras.

La política del “tercer periodo” tuvo su mayor prueba en Alemania ante el ascenso de Hitler. La táctica de Stalin se convirtió en el mejor apoyo a los dirigentes socialdemócratas, que querían rehuir la lucha. De este modo, las dos organizaciones más poderosas de la clase obrera europea se negaron a unirse para la defensa común contra el nazismo, facilitando el ascenso de Hitler al poder sin oposición alguna. Recomendamos la relectura de los escritos de Trotsky sobre esta cuestión, obra maestra de la exposición sobre el Frente Único.

### ***¿Unidad de los revolucionarios?***

La táctica de FUO es, como hemos visto, parte de la lucha de los revolucionarios por la dirección de la clase trabajadora. Frente a ella, algunos proponen la táctica de “unidad de los revolucionarios”. Es la línea que defienden las diferentes corrientes del pablismo y su versión morenista.

Con más de 200 años de combate del movimiento obrero, hay pocas propuestas nuevas que formular. La línea de “unidad de los revolucionarios” no es nueva. Andrés Nin, dirigente de la oposición de izquierda española, la formuló contra Trotsky durante la revolución española de 1931-39. En 1934-36 las bases del PSOE y las Juventudes Socialistas experimentaron un abierto proceso de radicalización. Incluso sus dirigentes, como Largo Caballero, se pronunciaron por la dictadura del

---

<sup>3</sup> Así, se opuso a la Alianza Obrera de Asturias hasta el día antes de la insurrección de 1934, cuando cambió

---

bruscamente de posición, siguiendo instrucciones de Stalin

proletariado y la revolución proletaria. Los dirigentes de Juventudes Socialistas –que era entonces una organización de masas con 100.000 militantes- llamaron públicamente a los militantes trotskistas a entrar en su organización para combatir a los dirigentes reformistas del PSOE. Cuando Trotsky propuso a los militantes de la oposición de izquierda española que aceptaran esa invitación y entraran en el PSOE y las Juventudes Socialistas, Nin y sus seguidores rechazaron esa propuesta, que consideraban una subordinación a los dirigentes reformistas del PSOE. Por el contrario, Nin se orientó hacia la unificación de las “organizaciones revolucionarias”, unificando a su organización con el *Bloc Obrer i Camperol* dirigido por Joaquín Maurín, para formar el POUM. El POUM organizaba sus propios sindicatos y después de la revolución de julio de 1936, sus propias milicias. Pero esta “pureza de principios” se acompañó pronto de la mayor capitulación política. La nueva organización, que contaba con unos miles de militantes, pronto pasó a suscribir el Pacto del Frente Popular, y formó parte del gobierno frente populista de la Generalitat de Cataluña, desde el que ayudó a dismantelar los organismos de poder obrero creados por la revolución española de julio de 1936. Entretanto, los dirigentes de las JJSS, ante el rechazo de la Oposición de Izquierda española, se orientaron hacia la unidad con las Juventudes Comunistas, y pronto fueron absorbidos por los estalinistas. Su organización, que podía haber sido vanguardia de la revolución española, fue puesta por Santiago Carrillo al servicio de la política contrarrevolucionaria de Stalin<sup>4</sup>. Nin orientaba su política hacia la unidad con los “revolucionarios” del BOC, y el POUM orientó su política hacia la unidad con los “revolucionarios” de la CNT (en la práctica, hacia los acuerdos diplomáticos con el Comité Confederal de la CNT). Y en ambos casos, ante el temor a romper con esos “revolucionarios”, se vio obligado a claudicar ante la política del Frente Popular, primero en las elecciones de febrero de 1936, luego en el gobierno de la Generalitat y finalmente en la insurrección de mayo de 1937, cuando los dirigentes de la CNT llamaron a los

---

<sup>4</sup> Para un análisis más detallado de esta cuestión, ver el *Combate Socialista* nº 12 “Historia del PCE”

obreros de Barcelona a entregar sin lucha sus posiciones.

Quienes defienden hoy la “unidad de los revolucionarios” reproducen los peores errores de Nin. Sacrifican a la “unidad revolucionaria” el principal bagaje de la IV Internacional, su programa y sus principios. Porque es fácil llegar a un acuerdo para organizar una manifestación o un mitin sobre una cuestión concreta. Pero para llegar a acuerdos políticos estables con esas “corrientes revolucionarias” es necesario adoptar una política “a medio camino” de la de ellos. Y ello supone renunciar precisamente a lo que la Internacional Comunista exigía a los PCs como requisito para el FUI: la plena independencia del Partido Comunista, su total derecho a defender su política y a la crítica a sus aliados socialdemócratas. Y al diluir su programa, los marxistas revolucionarios acaban subordinados al programa de sus aliados “revolucionarios” ... que no es un programa revolucionario.

Pero –y esto es lo más grave- la “unidad de los revolucionarios” se plantea como alternativa al Frente Único Obrero. Supone dar la espalda a las masas “atrasadas” y organizadas en los partidos obreros tradicionales y los sindicatos obreros para dirigirse a los “sectores radicalizados” “anticapitalistas”, renunciando a algo esencial para una organización revolucionaria: la línea hacia las masas, la lucha por la conquista de la mayoría de la clase trabajadora. No es de extrañar que la línea de “unidad de los revolucionarios” se complete habitualmente con la orientación de ruptura con los sindicatos y construcción de “sindicatos rojos”, siguiendo –aquí también- la estela de Nin.

Para los partidarios del *Secretariado Unificado* –que usurpa ilegítimamente el nombre de la IV Internacional- la concreción de la “unidad de los revolucionarios” es, con escasas excepciones- la alianza con sectores del aparato estalinista en descomposición, ya sea Izquierda Unida en España, *Refundazione Comunista*<sup>5</sup> en Italia

---

<sup>5</sup> Partido abiertamente reformista, que propone de boquilla una política “de izquierda”, pero que acaba de firmar un pacto con el ex-comisario de la Unión Europea, Prodi, sobre la base de un programa de gobierno que implica la aceptación de las directivas

o el PDS en Alemania. Organizaciones en que los partidarios del SU ocupan un papel no despreciable, sobre todo aportando sustancia "ideológica". Y organizaciones que bien poco tienen de revolucionarias, siendo en todos los casos el sostén de izquierdas de las políticas antiobreras, y partidarias abiertas de la Unión Europea, bajo el marco de la "lucha por la Europa Social".

El otro marco de "unidad de los revolucionarios" es, para el *Secretariado Unificado*, el Movimiento Antiglobalización, declaradamente partidario de la humanización del capitalismo, que lo financia generosamente en cada uno de sus eventos, a través de las ONGs, de la Fundación Ford, o de las propias instituciones, como el Parlamento Europeo. Hoy, en una cuestión esencial para el futuro de los trabajadores, como la Constitución Europea, el movimiento alterglobalizador propone una campaña común con la CES (partidaria de la Constitución Europea), y acaba de celebrar su Foro Social Europeo en Londres, foro financiado por la CES y por el Ayuntamiento de Londres, cuyo alcalde, Ken Livingstone, es un declarado partidario del Sí a la Constitución Europea. No ha de extrañar que ese Foro Social haya declinado pronunciarse sobre ese proyecto de Constitución.

Nahuel Moreno – y hoy la LIT y el PRT en España- proponen una versión particular de esta táctica. Lo que llaman "Frente Único Revolucionario". Las Tesis aprobadas en el Primer Congreso Mundial de la LIT, de marzo 1985, adoptaron la táctica del frente único revolucionario, que "*consiste en lograr acuerdos político-organizativos sobre la base de puntos programáticos comunes que nos permitan intervenir en forma conjunta en los procesos de la lucha de clases y en la pelea por la dirección del movimiento de masas*". El frente único revolucionario era definido como "*un paso transicional hacia un partido revolucionario de masas*".

Corriente Roja en España o el *Bloco de Esquerdas* en Portugal serían concreciones de esta propuesta.

Pero el *Bloco de Esquerdas* es la integración de la organización portuguesa de la LIT en una plataforma político-electoral dominada por organizaciones cristianas, ex-maoístas y

---

europas, y renunciar a la exigencia de retirada de las tropas italianas de Irak.

por el Secretariado Unificado. Y basada en el rechazo a las organizaciones sindicales y el apoyo al interclasista y pro-capitalista *Movimiento Antiglobalización*. El BE es partidario de la partición de Palestina, de la reforma del Constitución Europea, a la que presentó enmiendas, de la "refundación democrática de la Unión Europea" y del juego parlamentario en el falso parlamento de Estrasburgo (considera el cambio de consejeros de Durao Barroso "una victoria para la democracia europea") Y Corriente Roja se coloca bajo los postulados de Nines Maestro y su ala del PCE, basados en la negación de toda táctica de FUIO y el rechazo a toda alianza con los sindicatos y con el PSOE, una política centrada en la "denuncia" al peor estilo del "tercer periodo" de la IC estalinista.

En Argentina, bajo la dirección del propio Moreno, el Movimiento al Socialismo (MAS) concretó esta propuesta en un frente electoral con el PC Argentino (organización que había apoyado la dictadura de Videla), con la creación de *Izquierda Unida*, y antes del *Frente del Pueblo*. Ambas coaliciones se formaron a partir de un programa común de gobierno -"para sacar al país de la crisis"- elaborado entre el MAS y el Partido Comunista, amén de la participación de personajes provenientes de la pequeña burguesía como Néstor Vicente. El votar programas de gobierno con el estalinismo significa decirle al movimiento obrero que hay un proyecto común. El MAS, durante la conformación del Frente del Pueblo y de *Izquierda Unida* eliminó todas las discusiones y críticas estratégicas al estalinismo. En plena crisis de la burocracia estalinista, cuando los obreros de la URSS y de Europa del Este se enfrentaban a la burocracia en movilizaciones abiertas, el MAS hacía actos conjuntos con el estalinismo -caso del 1 de Mayo de 1989- sin hacer ninguna referencia a las luchas de las masas del Este.

La sumisión de los principios a la búsqueda de aliados "revolucionarios" quedó patente cuando se firmó el pacto de creación de *Izquierda Unida*, momento en que la dirección del MAS llegó a decir que "hemos ganado al Partido Comunista al programa revolucionario", corrigiendo abiertamente a Trotsky que en 1932 llamó a los partidarios de la Oposición de Izquierdas a romper con

los PCs, “pasados definitivamente del lado del orden burgués”.

Precisamente el ejemplo de Moreno y el MAS ilustra las diferencias entre el FUI y la “unidad de los revolucionarios”-FUR” . El FUI exige como condición la más completa independencia programática. Por este motivo el frente único nunca se hace con objetivos de propaganda. De lo contrario estaríamos hablando de programas comunes, pero entonces se trataría de un

mismo partido. Precisamente la necesidad de un frente surge de las divergencias programáticas y de la necesidad de la lucha común por los puntos mínimos.

Héctor Lagar

## Fusi: el falso profeta

**Este texto es el desarrollo de una respuesta a la tribuna publicada en “El País” por Juan Pablo Fusi contra Trotsky, y que “El País” se negó a publicar. La “libertad de prensa” ha de sacrificarse a otras necesidades más importantes, como la defensa del capitalismo y la lucha contra las ideas revolucionarias**

Juan Pablo Fusi publica en “El País” del 6 de Noviembre de 2004 “Trotsky, el profeta vencido”, tribuna de opinión cuyo título parafrasea la famosa biografía en tres tomos escrita por Deutscher.

La primera reflexión que suscita ese artículo es ¿Por qué casi 90 años después de la Revolución de Octubre, continúan los ataques contra ella y los que la representan? Atacar a la revolución de Octubre no es una necesidad “intelectual” de Fusi y los Fusis. Es una necesidad del capitalismo en putrefacción, que ha de combatir con la represión, con la propaganda y con la mentira toda esperanza de salida revolucionaria a la crisis de la Humanidad, y que para ello siempre encuentra plumas mercenarias. Tras refutar algunas afirmaciones de Fusi trataremos de volver sobre esta cuestión

Fusi tiene, sin duda, todo el derecho a rechazar la figura de Trotsky, su política y las ideas revolucionarias. Pero un catedrático de Historia Contemporánea no puede exponer en un solo artículo tal cúmulo de hechos que no son ciertos. No creo que pueda alegar ignorancia sobre temas tan conocidos de la historia del Siglo XX. Para no ofender al señor Fusi calificándolo de ignorante en su propia

materia, hemos de concluir que se trata de un falso ... “profeta”.

No soy historiador, pero un elemental conocimiento permite desgranar los hechos que expone el señor Fusi y que no se ajustan a la verdad histórica. Según su artículo *“el programa y las ideas bolcheviques de 1917 - partido único, nacionalización de bancos, minas, ferrocarriles, empresas, comercio exterior e interior, socialización de la tierra y la propiedad privada...- llevaron inevitablemente a la dictadura”*. Pero todo historiador sabe que en 1917 el programa bolchevique no defendía el partido único. De hecho, los bolcheviques gobernaron en coalición con otro partido, el de los “socialistas-revolucionarios de izquierda”, hasta 1918, y la coalición no la rompieron los bolcheviques, sino sus socios de gobierno, al rechazar la paz de Brest-Litovsk y lanzarse a la acción terrorista contra los bolcheviques y matar al embajador alemán, conde Mirbach. Y los partidos socialistas, como los mencheviques, fueron legales hasta 1922, excepto los que se opusieron con las armas en la mano a la revolución de Octubre. Todo historiador debe saber que el programa bolchevique no incluía en 1917 la nacionalización del comercio interior, medida impuesta más tarde, en la época del “comunismo de guerra (1919-23), y abandonada en 1923 con la puesta en marcha de la NEP. Todo historiador debe saber que el programa bolchevique de 1917 no incluía la “socialización” de la tierra, sino su entrega a los campesinos (la colectivización forzosa fue impuesta por Stalin

en 1929). Todo historiador debe saber que el ejército no fue restablecido hasta 1919, en el momento en que la Rusia Soviética, reducida al territorio del antiguo ducado de Moscovia y agredida por los ejércitos blancos y por la intervención extranjera de más de 10 países, luchaba a vida o muerte. Hasta esa fecha el ejército rojo era una milicia formada por voluntarios obreros y campesinos pobres exclusivamente. Todo Historiador debe saber que el programa bolchevique de 1917 no proponía la nacionalización de todas las empresas ni la “socialización” de toda la propiedad privada.

Fusi dice que el programa bolchevique –que él ha deformado como hemos demostrado– conducía a la dictadura. Como si los bolcheviques, tras la toma del poder, y en medio de una plácida situación de debates democráticos, corteses, académicos y civilizados, hubieran ido imponiendo una dictadura por su voluntad. ¡todo un historiador que hace caso omiso en su explicación de las circunstancias materiales en que se desarrolla la política bolchevique!. Fusi debía saber que tras la revolución de Octubre los guardias rojos pusieron en libertad incluso a los que se habían opuesto a la insurrección armada en mano, bajo la promesa –casi unánimemente incumplida– de no volver a combatir al poder soviético. Después, el levantamiento de la Legión Checoslovaca, la formación de los ejércitos blancos, armados y pertrechados por los gobiernos capitalistas, y que reprimían a sangre y fuego a los revolucionarios (las tropas de Kolchak, por ejemplo, hervían a los revolucionarios en las calderas de las locomotoras), el terrorismo contra el estado soviético, el hambre que obligaba a la requisita sistemática del grano para alimentar a las ciudades, obligaron a los bolcheviques a imponer la represión, a hacer frente al terror blanco con el terror rojo.

Tampoco es cierto, como afirma Fusi, que los bolcheviques ganaran la guerra ruso-polaca. Su ofensiva imprudente sobre Varsovia fue derrotada.

El Sr. Fusi acumula, pues, un importante bagaje de desconocimientos ... o de falsificaciones. De 9 medidas que atribuye al programa bolchevique de 1917, 5 no son ciertas. Espero que no sea esa la “historia contemporánea” que hace aprender a los abnegados alumnos de la Universidad Complutense.

Pero, además, el Sr. Fusi acumula en su artículo un número no desdeñable de verdades a medias e interpretaciones forzadas. Repasemos algunas.

Así, J. P. Fusi repite uno de los mitos de la propaganda estalinista, cuando dice que Trotsky, “*Desinteresado en la gestión ordinaria del partido, apenas si asistía a las reuniones de los órganos de dirección del mismo*”. Es cierto que durante la guerra civil, Trotsky acudía pocas veces a las reuniones regulares de los órganos de dirección del Partido (que por otra parte eran escasas). Pero haría falta explicar que como jefe del ejército Rojo pasó la mayor parte de los años de la guerra civil fuera de Moscú en los distintos frentes de guerra.

Del mismo modo, Fusi nos dice que “*La primera purga interna del partido, que afectó a unos 100.000 militantes, tuvo lugar en 1921, años antes de que Stalin se hiciera con el poder*”. Pero “olvida” aclarar que esa “purga”, a diferencia de las de Stalin, que suponían no sólo la expulsión del partido, sino la cárcel o el fusilamiento, se limitó a limpiar un partido que había crecido en 4 años hasta los 750.000 miembros, muchos de ellos arribistas apuntados al calor del poder<sup>6</sup>. Pierre Broué, en su monumental obra “El Partido Bolchevique” dice sobre esta “purga”: “*136.836 miembros del partido son expulsados, de los cuales un 11 por 100 es acusado de «indisciplina», un 34 por 100 de «pasividad», un 25 por 100 de «delitos leves» -entre los que se cuentan la embriaguez y el «carrerismo»- y un 9 por 100 de «faltas graves» como chantaje, corrupción y prevaricación*”<sup>7</sup>. Broué recuerda que poco antes “*La Oposición Obrera, que ha impugnado las decisiones del partido en la Internacional mediante una carta conocida como la «declaración de los 22», es acusada de indisciplina grave. Una comisión integrada por Dzherzhinsky, Stalin y Zinoviev va a exigir, en una moción presentada al XI Congreso, la expulsión de Schliapnikov, Medvediev y Kolontai pero la propuesta será rechazada*”<sup>8</sup>. Es decir, que la “purga” realizada en tiempos de Lenin no buscaba eliminar a los oponentes políticos.

<sup>6</sup> El Partido Bolchevique tuvo un aumento numérico vertiginoso: 250.000 miembros en marzo de 1919 que se convierten en 610.000 en marzo de 1920 y en 730.000 en marzo de 1921.

<sup>7</sup> P. Broué. *El Partido Bolchevique*, p. 219

<sup>8</sup> Broué. *El Partido Bolchevique*, p. 217

Fusi nos dice que *“Fue Trotsky quien en ocasión memorable, a las pocas horas del triunfo de la revolución, apuntilló a los socialistas moderados, a los mencheviques”*. La “ocasión memorable” fue el II Congreso de los soviets, reunido tras la insurrección de Octubre, en el que Trotsky responde –la “puntilla” no pasó de ser verbal- en nombre de los bolcheviques a la propuesta de un gobierno de coalición de mayoría menchevique y social-revolucionaria, del que estarían excluidos Lenin y Trotsky, lo siguiente: *“Nuestra insurrección ha vencido y ahora se nos hace una propuesta: renunciad a vuestra victoria, concluid un acuerdo.(...) A los que se han ido de aquí, como a los que se presentan con propuestas semejantes, debemos decirles: “Estáis lamentablemente aislados sois unos fracasados, vuestro papel ya está jugado, dirigimos allí donde vuestra clase está ahora: ¡al basurero de la historia!...”* “. Frente a quienes pedían que los bolcheviques entregaran de nuevo el poder a quienes habían demostrado en los 8 meses que median entre febrero y octubre que no estaban dispuestos a satisfacer las reivindicaciones de las masas, a firmar la paz, rompiendo con el imperialismo que exigía el sacrificio del ejército ruso en las trincheras, a entregar la tierra a los campesinos, a entregarlas fábricas a los trabajadores. Pedían que traicionasen la revolución, y Trotsky apuntilla (verbalmente, repetimos) a quienes exigen semejante despropósito.

Fusi acusa a Trotsky , como dirigente del ejército rojo, de que *“al hilo de la guerra civil, ese Ejército eliminó a los anarquistas y luego, en 1921, aplastó la rebelión de los marineros de la base naval de Kronstadt, uno de los símbolos de la revolución de 1917, sublevados ahora por la gravísima situación creada por el régimen comunista en apenas tres años de existencia”*. ¡curiosa redacción!. *“Al hilo de la guerra civil”* quiere decir: mientras la Rusia Soviética luchaba desesperadamente contra ejércitos insurrectos, armados y apoyados por las potencias occidentales, que intervenían, además, directamente en el Norte (Inglaterra y Alemania) , el sur (Francia), el Oeste (Polonia, Rumania, Alemania), el este (Japón), y contra tropas sanguinarias (que no dudaban en recurrir a los fusilamientos masivos, como las tropas de Franco en 1936), se vio obligada a adoptar medidas extremas contra sus opositores militares, “blancos” o “negros”. Ciertamente la guerra en general, y

la guerra civil en particular, no es una escuela de humanismo. Pero aún esperamos de los Fusi una condena histórica a los que, como Truman, lanzaron la bomba atómica contra civiles japoneses indefensos, o los que, como Churchill, decidieron abrasar vivos a cientos de miles en la ciudad mártir de Bremen (“grandes estadistas” cuyas medidas son justificadas porque “acortaron la guerra” y “ahorraron la vida de miles de soldados”).

También dice Fusi que la rebelión de Kronstadt (en cuya represión no participó Trotsky, como Fusi da a entender) fue debida a *“la gravísima situación creada por el régimen comunista en apenas tres años de existencia”*. Como si no hubiera habido guerra civil, intervención extranjera y bloqueo absoluto (no se permitía la exportación a Rusia ni de alimentos ni de medicinas, algo especialmente grave porque Rusia no las fabricaba), y, como consecuencia de esto, y no de los tres años de régimen comunista, hambre masiva.

Fusi se escandaliza del fusilamiento de la familia real zarista. Como historiador debía saber que el fusilamiento fue decidido de manera precipitada ante el peligro de que los guardias blancos liberaran al zar. Los bolcheviques preparaban un juicio político - al estilo del que la revolución francesa hizo a Luis XVI- a Nicolás II, que por otra parte tampoco era ningún angelito, sino el responsable del asesinato, entre otros, de cientos de obreros que se manifestaban pacíficamente en el “domingo sangriento” de 1905.

Fusi , citando a Carr, dice que *“Trotsky era por temperamento y ambición el más dictatorial de los líderes comunistas”*. Ignoramos de qué estudio psicológico ha sacado Carr (notoriamente decantado del lado de Stalin) sus conocimientos sobre *temperamento y ambición*, pero en todo caso es un juicio claramente contradictorio con los hechos. En 1923 Trotsky era el jefe indiscutido del Ejército Rojo. Nada más fácil para él, si la ambición personal fuera un factor de importancia, que haberse mantenido en el poder por la fuerza y satisfacer así sus impulsos dictatoriales.

Podría seguir con las falsedades, omisiones y verdades a medias del sr. Fusi, pero no quiero dejar de entrar en el fondo político de su artículo.

Para empezar, me resulta inaudito el trasfondo antisemita. Fusi comienza su

artículo por la palabra “judío”, y hace no menos de tres menciones al judaísmo de Trotsky. Se refiere a él como *“notoriamente judío (aunque asimilado): era poco menos que impensable que un judío gobernase en Rusia, dado el intenso antisemitismo del país”*. *“se reconcilió con su condición judía y, pese a su internacionalismo, pareció interesarse al final por la dramática suerte de su pueblo”*. Todo ello para un dirigente no “asimilado”, sino ateo militante, , desde su adolescencia y que no “se reconcilió” con su condición judía. Simplemente señaló antes que nadie que la subida de Hitler al poder era una amenaza mortal para todos los judíos.

Amparándose bajo la autoridad que le pueda dar ser historiador, Fusi lo que hace es arremeter contra la política de Trotsky y de los bolcheviques. Como dije al comienzo, es su derecho. Todo es opinable. Y permítaseme la libertad de contradecir las opiniones de Fusi.

Fusi –como la mayoría de los políticos burgueses y la socialdemocracia- toma posición a favor de Stalin en la polémica sobre el socialismo en un solo país. Asegura contra Trotsky que *“Su tesis más conocida y característica, la revolución permanente, era mucho menos coherente con las necesidades de reconstrucción de Rusia (...) que la tesis de Stalin del “socialismo en un solo país”, esto es, la transformación desde arriba de la URSS en un gigante industrial y militar”*. Aquí Fusi combina su propia opinión con una nueva falsedad –o ignorancia- al olvidar que en 1925-28 fueron la Oposición de Izquierdas y la Oposición Conjunta quienes defendieron contra Stalin –que luego se apropió, a su manera, de sus tesis- la planificación económica y la industrialización. Lenin y Trotsky defendían que, aunque la atrasada Rusia podía iniciar la revolución socialista, el futuro de ésta dependía de la revolución en los países más desarrollados. Las tesis de Stalin, que suponen una ruptura con las ideas de Lenin, no obedecían a la necesidad de un desarrollo industrial o de la reconstrucción de Rusia, sino al carácter conservador y contrarrevolucionario de la Nomenklatura que, con Stalin como portavoz, usurpó el poder en la URSS. La burocracia quiere disfrutar en su provecho del propiedad colectiva, y quiere coexistir con el capitalismo. No quiere aventuras revolucionarias. Stalin convirtió a la Internacional Comunista y a los PCs en organizaciones al servicio de la política exterior de la burocracia ( y no de los “intereses de la URSS”, como dice Fusi) hasta

que disolvió la IC en 1943 porque interfería en su política exterior. Fusi, como los estalinistas, confunde los intereses de la Nomenklatura con los de la URSS. Pero si algo se ha demostrado en la última década del siglo XX es lo que Trotsky ya anunció en 1934 en *La Revolución Traicionada*: que la burocracia llevaba a la URSS a la catástrofe y la restauración capitalista.

Fusi reprocha a Trotsky una supuesta *“obsesión enfermiza con el estalinismo, y tópicas y apocalípticas advertencias sobre el colapso del capitalismo como teoría del fascismo”*. ¿Cómo puede un catedrático de Historia Contemporánea no reconocer lo certero de las advertencias de Trotsky sobre cómo la victoria de Hitler significaría una nueva guerra mundial y el exterminio de los judíos. La II Guerra Mundial acabó con 6 millones de judíos asesinados en los campos de concentración, 50 millones de seres humanos muertos (la mayoría de ellos civiles), los bombardeos masivos de ciudades indefensas y los bombardeos nucleares de Hiroshima y Nagasaki. Un panorama que poco se diferencia del Apocalipsis. En cuanto a la supuesta obsesión por el estalinismo, parece mentira que un historiador como Fusi ignore el balance negro del estalinismo, la colectivización forzosa, el Gulag, el exterminio de toda la vieja guardia bolchevique (y no sólo de la familia de Trotsky, como cuenta Fusi en su artículo), los Procesos de Moscú, la traición a la revolución española en 1936-39 (entre otras), y finalmente el hundimiento de la URSS y la reconversión de la Nomenklatura en partidos al servicio de la restauración capitalista y en mafias que se apoderan de la propiedad estatal en su propio beneficio.

Fusi reprocha a los bolcheviques su falta de respeto a la democracia, y cita entre otras “pruebas” la disolución de la Asamblea Constituyente en 1918. Sin olvidar que de nuevo manipula los hechos (la disolución de la Constituyente fue apoyada por los socialistas-revolucionarios de izquierda y los anarquistas, y de hecho, físicamente fue el anarquista Selezniak quien la disolvió), habría que exponer la cuestión completa. El conflicto entre el régimen soviético y la asamblea Constituyente no es el conflicto entre “democracia” y “dictadura”, sino entre la democracia soviética (elección directa con revocabilidad de mandatos) y la democracia parlamentaria burguesa (mediatizada,

además por unas candidaturas anteriores a la revolución de Octubre, en las que el partido Socialista Revolucionario, mayoritario entre los campesinos, figuraba aún con listas únicas, cuando en Octubre de 1917 se había roto en dos, la derecha, antibolchevique, y la izquierda, aliada de Lenin y Trotsky). Los soviets eran organizaciones profundamente democráticas, elegidas en la base por el voto directo y participativo de millones de trabajadores, campesinos y soldados, basados en la elección de delegados que respondían en todo momento ante quienes les eligieron, que podían revocarles de inmediato. A diferencia de la democracia burguesa, en la que no puede exigirse el cumplimiento de las promesas electorales ni revocar a un representante que traiciona el mandato de sus electores.

La Asamblea de la democracia burguesa se negó a ratificar medidas como la entrega de la tierra a los campesinos o las conversaciones de paz. El poder soviético la disolvió. Enfrentada a una situación similar, la dirección del frente sandinista, con una economía arruinada por el boicot de los EE.UU. y la guerra sucia de la “contra”, financiada por la CIA, decidió aceptar el resultado de las elecciones parlamentarias de 1990. La consecuencia de esa decisión fue el enterramiento de la revolución nicaragüense. Lo que prueba que no sólo la corrupción diferenciaba a los dirigentes sandinistas de Lenin y Trotsky. Éstos eran revolucionarios consecuentes.

¿Por qué tanto interés en hundir la memoria de Trotsky, y con ella las ideas del marxismo revolucionario? Como señalábamos al comienzo del artículo, porque a casi 90 años de la revolución de Octubre, ésta sigue siendo el acontecimiento más importante del siglo XX y la esperanza para millones de seres humanos. Sólo el gobierno surgido de la revolución de Octubre puede hacer gala del cumplimiento de todas sus promesas, y de la apertura de nuevas esperanzas par la Humanidad. Los Bolcheviques cumplieron su programa: firmaron la paz, entregaron la tierra a los campesinos, impusieron la jornada laboral de 8 horas, dieron la autodeterminación a las nacionalidades oprimidas, como Finlandia y Polonia, impusieron la separación de la Iglesia y el Estado, promulgaron por primera vez en la Historia la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, el derecho de las mujeres

a la anticoncepción, el acceso universal a la sanidad y educación gratuitas. Fue esa política, que amenazaba a la estabilidad del capitalismo en otros países, la que motivó la intervención extranjera y la imposición de la guerra civil.

Precisamente por eso, los Fusi han de presentar a Trotsky como un “profeta vencido”. Hundido el estalinismo, tratan con eso de descalificar toda opción revolucionaria en el siglo XXI. Sin embargo, en este siglo, el capitalismo conduce a la Humanidad a la barbarie. La riqueza se concentra cada vez más en manos de unos pocos. Continentes enteros, como África, están condenados a la miseria y a la muerte de hambre, de SIDA o por guerras atizadas por las multinacionales. Lacras como el trabajo infantil se extienden. El imperialismo USA impone la guerra unilateral o “preventiva” a los pueblos, como en Irak o Afganistán. La “limpieza étnica” se apodera de Ruanda, Burundi, Sudán y mete sus zarpas en Europa en los Balcanes. La clase obrera de Europa ve como sus conquistas históricas se ven demolidas por los gobiernos al servicio de la Unión Europea y sus puestos de trabajo destruidos por las deslocalizaciones. ¿Es o no de actualidad el programa bolchevique de 1917, la lucha por la paz, por los derechos de la mujer, la abolición del trabajo infantil, la libertad para las nacionalidades, el acceso a servicios públicos ...? Los hechos demuestran que la alternativa es, como ya definió Rosa Luxemburgo, socialismo o barbarie. Los partidarios de la organización fundada por Trotsky, la IV Internacional, (última y para él mismo más valiosa aportación al combate por la revolución, incluso más que su participación en la revolución rusa) y no citada tampoco por Fusi, continuamos su combate.

**Luis González**

### Primera parte

## La Alianza Obrera y la lucha por el Frente Único

### presentación

El 4 de octubre de 1934, casi un año después de la victoria electoral de los partidos de centro y derecha –noviembre de 1933- tenía lugar en diversas ciudades españolas un movimiento revolucionario cuyo desencadenamiento tuvo su origen en la entrada en el gobierno Lerroux de ministros de la CEDA<sup>9</sup>, el partido que representaba a ojos de la clase obrera la reacción y el peligro de involución. Tras las experiencias de Alemania y Austria, el hecho representaba todo un acontecimiento: por primera vez en Europa la clase obrera de un país se lanzaba a la ofensiva para evitar el acceso al poder de quienes consideraba como su enemigo mortal. La *Alianza Obrera*, pacto de acción revolucionaria que unía a las fuerzas obreras, convocó una huelga general de protesta en toda España y este movimiento, que tuvo particular incidencia en Cataluña y en Asturias, supuso un punto de inflexión importante en el desarrollo del régimen surgido el 14 de abril de 1931, así como en los debates que tuvieron lugar en el seno del movimiento obrero. Especialmente en Asturias, único lugar donde la *Alianza Obrera* había conseguido agrupar en su seno a todas las organizaciones obreras sin excepción, la huelga general adquirió pronto un carácter insurreccional y durante quince días la cuenca minera fue controlada por comités de Alianza Obrera, coordinados en un Comité Revolucionario, y por milicias que organizaron los mineros asturianos. Sin embargo, aislados del resto de España como consecuencia del fracaso del movimiento en sitios como Madrid, Andalucía, etc., debido a la desorganización y a la falta de voluntad política para hacerlo triunfar de los que en teoría eran sus impulsores –el PSOE-, los obreros asturianos

ofrecieron una fuerte resistencia hasta que, finalmente, fueron derrotados después de durísimos combates. La “Comuna” asturiana sería brutalmente reprimida por destacamentos del ejército de Marruecos al mando de los generales Yagüe y López de Ochoa –que desempeñarían un importante papel entre los militares que dos años después protagonizarían el golpe de estado de julio de 1936- provocando cuatro mil muertos y una cruel represión. En Cataluña, dónde la insurrección tuvo un desarrollo diferente, en parte por la inhibición de la CNT que aquí no se sumó al movimiento, y en parte por la responsabilidad de la ERC que desistió en la práctica de organizar el movimiento, acabó con todo el Gobierno de la Generalitat detenido y procesado, la autonomía suspendida, y centenares de militantes detenidos.

En el 70 aniversario de este acontecimiento vale la pena extraer las lecciones más importantes de lo que representó –y representa- octubre de 1934 para el movimiento obrero. A modo de introducción y de forma resumida podríamos señalar algunas de ellas. En primer lugar, conviene señalar la aparente contradicción que supuso que la derrota del octubre asturiano truncara la dinámica de Frente Único (la unión de partidos y organizaciones obreras, en oposición a los partidos burgueses, para la conquista del poder) que había prendido en algunas organizaciones –y que quedó simbolizada en la Alianza Obrera y en la consigna UHP- y abriera la vía del pacto de Frente Popular, es decir, de la dinámica contraria. Si durante los meses anteriores la clase obrera había manifestado su aspiración a la unidad, y se había expresado igualmente con muchísima fuerza la tendencia clasista hacia la unión de las fuerzas obreras y la presión para la ruptura del pacto entre socialistas y republicanos, a partir de octubre del 34, la propia derrota y sus consecuencias serán el eje sobre el que se construirá la política frentepopulista: la lucha por la amnistía, por la liberación de los presos, etc., será utilizada para recomponer de nuevo la política de alianzas con la burguesía “liberal”, con los republicanos de Azaña y Martínez

<sup>9</sup> La CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) se había fundado en Madrid en marzo de 1933 y agrupaba a núcleos derechistas de diferentes partes de España, el más importante de entre ellos, la Acción Popular. Poco después de las elecciones de noviembre de 1933, el dirigente de este partido y candidato a dictador de un futuro Estado nacional corporativo, Gil Robles, proponía a los radicales el siguiente programa como condición para apoyarlos: amnistía para los militares sublevados en 1932; revisión de las leyes promulgadas por la República en materia religiosa; paralización de la reforma agraria y suspensión de la aplicación de las leyes sociales que afectaban a los campesinos.

Barrio. En segundo lugar, la insurrección de octubre marcó los límites de la corriente “largocaballerista”, con su revolucionarismo vacío de contenido enfrentado a las tareas concretas de una insurrección con la que habían amenazado tanto tiempo y que fueron incapaces de organizar cuando llegó el momento, allá donde tenían influencia y responsabilidades. Supuso un golpe para la izquierda socialista, de la misma manera que su radicalismo verbal había servido para estimular la movilización de masas y abrir un horizonte de esperanza en ellas. El fracaso de esta corriente y su incapacidad para “regenerar” el PSOE y romper definitivamente con el reformismo que le era propio, se tradujo en el interior del partido en el triunfo de las tesis de Prieto –partidario de la colaboración con los republicanos- y en el paso al estalinismo de las Juventudes Socialistas, la organización que con sus cerca de 40.000 militantes se había erigido en la punta de lanza del largocaballerismo. Y en tercer lugar, el hecho que de la epopeya asturiana saliera reforzado el partido que más había combatido las Alianzas Obreras –el PCE-, que sólo se integró en ellas la víspera de la insurrección, coincidiendo con el giro de la Komintern hacia la política de frentes populares y el abandono de la política del “socialfascismo”, y después de haberlas combatido encarnizadamente dedicándolas los peores epítetos. Giro que entre otras cosas sirvió para desviar o bloquear una posible evolución de la izquierda socialista hacia posiciones que el propio Luis Araquistain, en marzo de 1934 y refiriéndose a las que mantenía en aquellos momentos Largo Caballero, definió como una actitud de “Cuarta Internacional”, de “superación del socialismo histórico”, es decir, del socialismo reformista que encarnaban los partidos agrupados en la Segunda Internacional.<sup>10</sup> Las notas que siguen no tienen otro objetivo que analizar estas cuestiones.

✍   ✍   ✍

---

<sup>10</sup> Francisco Largo Caballero: Discursos a los trabajadores, pág. 23. En 1934 la comisión ejecutiva del Partido Socialista decidió editar los discursos pronunciados por Largo Caballero desde el verano de 1933 hasta principios de 1934. Luis Araquistain, uno de los principales colaboradores y consejeros de Largo Caballero, director de la revista mensual *Leviatán*, órgano doctrinal de la izquierda socialista (entre mayo de 1934 y julio de 1936) se encargó de prologarlo.

## 1931-1934: de la ilusión por las reformas a la insurrección de octubre (I)

### La frustración socialista tras el primer bienio republicano.

La derrota electoral del PSOE en noviembre de 1933 tuvo un tremendo impacto en las filas socialistas, fruto de algunas circunstancias que concurren en aquellos momentos y que iban más allá del resultado electoral. En medio de una abstención obrera importante – muchos obreros anarquistas se abstuvieron reprochando a los socialistas su participación en gobiernos represivos- y de numerosas denuncias de fraude, corrupción y violencia ejercidas por caciques y propietarios que se movilizaron utilizando todos los medios a su alcance, las derechas obtuvieron una victoria mínima en votos que les permitió hacerse con el gobierno. El sistema electoral español, que primaba las coaliciones, posibilitaba que un partido como el PSOE, que había obtenido el 19,2% de los votos –un millón y medio de votos- tuviera una representación en las Cortes de 59 diputados, mientras que el Partido Radical con un 15,5% obtenía 102 diputados<sup>11</sup>. Un elemento que no hizo sino añadir más frustración en las filas socialistas a la provocada por la victoria de los que eran considerados como enemigos de la República.

Pero no sólo era decepción por los resultados electorales. Entre la militancia socialista se extendió un sentimiento generalizado que tenía su origen, por un lado, en la creencia de que los republicanos –sus socios de gobierno durante el primer bienio<sup>12</sup>- habían traicionado la República al impedir a los socialistas ir más lejos y haberse constituido como una pesada carga para ellos; y por otro, en la sensación de haber sido excesivamente benévolos con los privilegiados que alentaban la reacción; de haber sido leales con quién previsiblemente

---

<sup>11</sup> José Ramón Montero: “las derechas en el sistema de partidos del segundo bienio”, en *La II República española / Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936*, pág. 6.

<sup>12</sup> Los socialistas participaron en el primer gobierno de la República con tres ministros: Prieto, De los Ríos y Largo Caballero. Y ello, a pesar que de los 250 diputados que obtuvo la coalición republicano-socialista que lo sostenía en las elecciones de junio de 1931, 120 correspondían a los socialistas y 80 a las diferentes organizaciones republicanas agrupadas bajo las figuras de Azaña, Marcelino Domingo y Álvaro de Albornoz. Los 50 restantes se repartían entre los 30 de ERC, y 20 de los republicanos federales gallegos. Para no asustar a la burguesía, en el gobierno se dio entrada a republicanos de derechas como Alcalá-Zamora –que ocupó la presidencia de la República- y Miguel Maura, nombrado ministro de la Gobernación.

no lo iba a ser a continuación, y que ellos, que habían sido respetuosos con la legalidad republicana, “canalizando” las reivindicaciones obreras sin superar este marco y enfrentándose a menudo con sus propias bases, tenían el convencimiento de que las derechas no iban actuar con la misma lealtad institucional. Más aún, que intentarían desmontar las pocas reformas acometidas durante el primer bienio y que, cuando les fuera posible, intentarían acabar también con la legalidad republicana. Este presentimiento se vería rápidamente confirmado en los meses siguientes. En efecto, la acción del gobierno derechista que surgió de la nueva mayoría parlamentaria se dirigió inmediatamente contra las leyes sociales de la República. Lerroux primero y después Samper, se entregaron a la tarea de destruir o dejar en papel mojado la obra reformista que había intentado poner en marcha el gobierno anterior a instancias sobre todo de los socialistas. Por ejemplo, se restauró parcialmente el pago de salarios al clero, se frenó la reforma agraria (que por otro lado tampoco se había destacado por su profundidad ni por su celeridad) y se devolvió a los grandes de España las tierras expropiadas; se derogó la Ley de Términos Municipales que suponía un obstáculo al poder de los terratenientes y que había sido ampliamente boicoteada por ellos, se desalojó a miles de yunteros de Extremadura de las tierras que habían ocupado, y asimismo se amnistió a los hombres de la Dictadura y del pronunciamiento del 10 de agosto de 1932 –la Sanjurjada- y se declaró inconstitucional la “Llei de Contractes de Conreu” que había aprobado el Parlamento catalán. Para llevar a cabo esta obra se utilizó a fondo todos los mecanismos policiales y judiciales. La acción “preventiva” de la Guardia Civil tiñó de sangre numerosos pueblos de Andalucía y Extremadura, mientras que los terratenientes se confabularon para dar trabajo sólo a los obreros que estaban afiliados a los sindicatos católicos, y los salarios bajaron sensiblemente. La situación era tal que, casi tres años después de la proclamación de la República, *El Socialista* llegó a comentar que “nunca, ni en los tiempos de la monarquía, se han sentido los campesinos más profundamente esclavos y miserables que ahora”.

En realidad, la experiencia de los dos primeros años de gobierno republicano-socialista, no había dejado un buen sabor de

boca en estos últimos. En su etapa como Ministro de Trabajo, desarrollada entre el 15 de abril de 1931 y el 13 de septiembre de 1933, Largo Caballero pudo observar de cerca las numerosas trabas que el aparato de Estado y las clases dominantes ponían a la obra reformista a pesar de su alcance limitado. Y ello, a pesar también de que en numerosas ocasiones mientras desempeñó el cargo, no se cansó de repetir que su obra no era socialista. En su toma de posesión en la sede del Ministerio de Trabajo había declarado “Vengo enviado por la soberanía nacional ... espero que todos ustedes trabajen con lealtad”<sup>13</sup>. No fueron, sin embargo, los funcionarios que escuchaban estas palabras los que se opusieron a las medidas reformistas que intentaría poner en marcha. La oposición estuvo en la vieja oligarquía que consumía al país, en la casta de propietarios agrícolas reacios a aceptar cambios que pusieran en peligro su situación de privilegio o el orden social establecido, en la actitud de varios gobernadores civiles que sabotearon la aplicación de los distintos decretos que su ministerio elaboró, dando órdenes que contrariaban su espíritu y provocaban el descontento de todos, y en definitiva, en las estructuras del Estado que en poco o nada se modificaron tras el advenimiento del régimen surgido el 14 de abril.

Largo Caballero fue uno de los dirigentes socialistas que quedó profundamente decepcionado de la experiencia vivida. Él, que había asociado durante años su práctica militante a la colaboración de clases –llegando incluso a colaborar directamente con la Dictadura de Primo de Rivera-, y al gradualismo reformista típico de los partidos socialistas de la época adheridos a la II Internacional, de repente comprobó la ineficacia de esta estrategia. Su decepción era inversamente proporcional al comprobar que ni tan siquiera un modesto programa de reformas había podido ser completado, después de ser ampliamente boicoteado, sin que su posición como miembro del gobierno hubiera servido de mucho. En efecto, desde la perspectiva de sus posiciones políticas y ateniéndose a los pactos que les unían con los republicanos, sus esfuerzos se habían centrado desde el principio de su actuación ministerial en el impulso de un marco general de relaciones laborales, que por primera vez

---

<sup>13</sup> *El Socialista*, (16-IV-1931)

incluía a los trabajadores del campo, con la promulgación de una serie de decretos que luego se convertirían en Leyes de la República y en el impulso del asociacionismo obrero como fórmula de defensa y participación de los trabajadores en la producción<sup>14</sup>. Nada especialmente revolucionario. Sin embargo, muchas de estas disposiciones encontraron una dura resistencia, particularmente las que tenían incidencia en el campo. Organizados en la Agrupación de Propietarios de Fincas Rústicas y en la Confederación Española Patronal Agraria, con el soporte de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas, y arropados políticamente por los agrarios y los radicales, los terratenientes convirtieron todas y cada una de las medidas del gobierno republicano-socialista en una violenta campaña de desobediencia civil que encontró un eco extraordinario entre todos los sectores reaccionarios del país. Por el sur, muchos propietarios se negaron a sembrar las cosechas. En Jaén, la Sociedad de Labradores –que agrupaba a los terratenientes- pidió a sus adheridos que combatieran los decretos que favorecían a los jornaleros, dejando de cultivar las tierras. En muchos casos, la connivencia entre los caciques locales y los poderes del Estado era tal que provocaron movilizaciones exigiendo un cambio real. Por ejemplo, en Badajoz, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra adherida a la UGT convocó una huelga general en diciembre de 1931 para exigir el traslado del coronel de la guardia civil y del gobernador civil, claramente significados con la causa de los caciques de la provincia.<sup>15</sup>

---

<sup>14</sup> El 22 de abril de 1931 apareció el primer decreto en la Gaceta que declaraba oficial la Fiesta del trabajo del 1 de mayo. A continuación aparecieron los decretos sobre términos municipales –que prohibía la utilización de mano de obra exterior a un municipio mientras hubiera trabajadores locales en paro- y accidentes de trabajo en la agricultura, los de arrendamientos colectivos por parte de asociaciones de obreros del campo, el del seguro obligatorio de maternidad y las Bases para la Ley de accidentes del trabajo en la agricultura; en julio este mismo año también se establece por decreto la jornada máxima de ocho horas, y a continuación el decreto sobre régimen de cooperativas; en noviembre se publicaron la Ley de Jurados Mixtos, la del Contrato de Trabajo, la de Colocación Obrera y la Ley de Intervención Obrera en la gestión de la Industria. Ésta última fue presentada por Largo Caballero en las Cortes pero no llegó a ser discutida.

<sup>15</sup> La huelga transcurrió con normalidad, menos en Castilblanco. Los hechos son conocidos. En este pequeño pueblo situado en una de las zonas más deprimidas, sus habitantes vivían en la más absoluta miseria y las tierras estaban en manos del terrateniente, quien contaba con la aquiescencia del alcalde. Todos los jornaleros estaban afiliados a la FNTT y siguiendo la convocatoria de huelga, el 30 de diciembre realizaron una manifestación pacífica. Temeroso de

Por el contrario, mientras la oposición se organizaba para combatir las medidas y evitar su aplicación, el gobierno –el PSOE y la UGT- se mostraba incapaz de hacerlas cumplir. Más aún, durante el primer bienio republicano, en muchas ocasiones fueron los dirigentes socialistas y de la UGT quienes impusieron moderación a sus bases para no responder a las provocaciones y para, según ellos, no poner en peligro la República. El resultado de esta política provocó una profunda desilusión en aquellas, pues muchos trabajadores no podían entender que se dedicaran más esfuerzos y energías en combatir los “extremismos” –la impaciencia y la desesperación que impulsó algunas movilizaciones de jornaleros- que en hacer cumplir las disposiciones del Gobierno que beneficiaban a los menos favorecidos.

Largo Caballero tuvo ocasión de comprobar cómo el hecho de ser Ministro de Trabajo, no era una garantía por sí mismo, de que los problemas de los trabajadores pudieran ser resueltos a golpe de decretos. En realidad, la decepción socialista por los resultados obtenidos después de dos años en el gobierno, remitían a una cuestión que afectaba directamente a la consideración que hasta ese momento había fundamentado la estrategia del partido y era comúnmente aceptada por todas las corrientes, a saber: que era posible abrir una vía de reformas que hiciera avanzar social y económicamente al país, sin necesidad de realizar ninguna revolución. La experiencia vivida puso en entredicho esta consideración y abrió un interrogante sobre la viabilidad y corrección de la misma.

### **Republicanos y socialistas: la vía imposible de las reformas**

A la pacífica proclamación de la República el 14 de abril de 1931 no siguió ningún período de tranquilidad social que muchos esperaban, pero en el que muy pocos confiaban. Los problemas históricos que acabaron hundiendo a la Monarquía se plantearán de nuevo con mayor virulencia si cabe. El país necesitaba de cambios profundos. Todos los políticos de la época insistían en ello. Republicanos y socialistas coincidían en la idea de una

---

que la demostración de fuerza de los obreros fuera a más, el alcalde mandó a la guardia civil a que disolviera la concentración. Un guardia disparó resultando muerto un jornalero y heridos otros dos. Los manifestantes se lanzaron con piedras y cuchillos y mataron a los cuatro guardias civiles.

república burguesa en la que un cierto número de reformas hiciera posible la transformación del país. Su proyecto encontró el apoyo inicial de sectores de la pequeña burguesía, el campesinado y el proletariado, seducidos por el espíritu reformador que encarnaba la II República. Pronto se verán cruelmente decepcionados ante los resultados obtenidos. Los brotes revolucionarios se sucederán uno tras otro, al mismo tiempo que la reacción intentará reorganizarse políticamente para tomar la iniciativa. El ideal de la II República chocará con los problemas que arrastraba el país. Las aspiraciones de obreros y campesinos, al no encontrar un marco en el que pudieran ser satisfechas, plantearán una y otra vez el problema de la revolución. Pensar que el país podía modernizarse sin plantear el problema de la propiedad, o el de redistribución de la riqueza sobre otras bases, era sencillamente una utopía. En el campo cualquier solución que no contemplara la expropiación de los latifundios no hacía sino agravar la crisis. Por otro lado, el afán de republicanos y socialistas por tranquilizar a las fuerzas conservadoras tampoco servirá para impedir que acaben organizando la contrarrevolución con los militares. Desde 1931, tanto los partidarios de la táctica “accidentalista” –la ANCP, la CEDA de José M<sup>a</sup> Gil Robles, el periódico *El Debate*, ...- como los “catastrofistas” –los partidarios más radicales de Alfonso XIII, los carlistas ...- estaban de acuerdo en última instancia en aplastar al movimiento obrero a quién juzgaban culpable de la situación<sup>16</sup>. El fracaso de la “sanjurjada” en agosto de 1932, inclinó la balanza por un tiempo –hasta 1936- a favor de los primeros: la táctica del “caballo de Troya”, consistente en minar la República desde dentro, encontró el terreno favorable especialmente a partir de noviembre de 1933, con la formación de gobiernos que abanderaron esa tarea. En contrapartida, el triunfo de los “accidentalistas” sirvió también para modificar la opinión de algunos socialistas acerca de las posibilidades de la democracia burguesa, es decir, acerca de las

---

<sup>16</sup> Desde el mismo momento de la proclamación de la II República, las derechas se dividieron en función de la actitud a adoptar ante el nuevo régimen: los “catastrofistas” pretendían el derrocamiento violento de la República, mientras que los “accidentalistas”, que consideraban que las formas de gobierno eran accidentales y que lo importante era el contenido económico y social, aceptaron el nuevo marco para intentar anular la República desde dentro. En este sentido, se plantearon como objetivo construir un partido de masas de derechas con el que poder actuar para bloquear la vía reformista de socialistas y republicanos.

posibilidades de realizar reformas sociales sin cambio revolucionario.

Después del 14 de abril, a lo que aspiraban los socialistas y los burgueses demócratas o liberales era a liberar a España del atraso, a convertirla en un país moderno en el que el peso de los sectores que se habían constituido secularmente como una pesada carga que obstaculizaba un mejor desarrollo de la economía y una mejor distribución de la riqueza, desapareciera o tuviera una incidencia menor. Sin embargo, este objetivo aparecía como una tarea ciertamente imposible en la medida en que la burguesía española se encontraba ya en ese momento estrechamente ligada a una oligarquía en la que se mezclaban los diversos elementos de la vieja España: la Iglesia con su poder infinito, la nobleza y los grandes propietarios que asfixiaban el campo, el capital aristocrático, eclesiástico y también financiero, que consideraba sobre todo los beneficios del mantenimiento del viejo orden. Cualquier reforma importante que se propusiera como objetivo modernizar el país era imposible de realizar sin tocar las posiciones de privilegio del Ejército o la Iglesia, cuya jerarquía figuraba entre los mayores terratenientes del país. Por ejemplo, que la oligarquía terrateniente estuviera en contra de las reformas que pretendió introducir en el campo el primer gobierno republicano no era el resultado de ninguna “maldad intrínseca” sino del hecho que el sistema latifundista de propiedad de la tierra se apoyaba en gran medida en su viabilidad económica, es decir, en la existencia de una gran reserva de campesinos sin tierra a los que se pagaban salarios mínimos por el período más corto posible. Es por ello que los aumentos salariales y la protección contra el despido amenazaban las bases de todo el sistema. Por eso se negaron a aplicar sistemáticamente la Ley de Laboreo Forzoso que pretendía mitigar los efectos del paro entre los jornaleros del campo. Por la misma razón, estuvieron radicalmente en contra del decreto de Términos Municipales, una modesta medida que pretendía impedir que los propietarios utilizaran jornaleros de otras poblaciones para rebajar los salarios, y que les confería un poder inmenso al poder disponer de mano de obra “dócil”, y al mismo tiempo imponer la sumisión entre las familias trabajadoras que dependían de los jornales que podía o no ofrecerles en función de la actitud de éstas.

El punto de partida socialista llevaba aparejada la política de alianzas con la que el partido se proponía conseguir sus objetivos. La discusión sobre la necesidad o no de establecer alianzas con los republicanos ya había alimentado el debate entre las diferentes corrientes desde los tiempos del Comité Revolucionario de 1930<sup>17</sup>. Como se ha explicado más arriba, republicanos y socialistas coincidían en la idea de una república burguesa en la que un cierto número de reformas hiciera posible la transformación del país. Azaña, un hombre que se identificaba sobre todo con una república de orden y equilibrio, era partidario de llevar a cabo un programa de reformas susceptible de conquistarse la buena voluntad de un número suficiente de trabajadores para mantener a raya al movimiento revolucionario. Pensaba que para ello era imprescindible la colaboración con las fuerzas obreras. Los socialistas, por su parte, esperaban que con la república y un cierto desarrollo burgués de la economía, España podía transformarse en una sociedad burguesa moderna, lo que según ellos, era un paso previo obligado para poder luchar por el socialismo. Prieto opinaba que los socialistas debían colaborar con los republicanos, en primer lugar, porque estaba convencido que la burguesía era demasiado débil para llevar adelante su propia revolución sin ayuda. Largo Caballero, hostil en principio a esta tesis, acabaría apoyándola pensando sobre todo en los beneficios materiales inmediatos que podía acarrear al movimiento socialista. Paradójicamente, sólo Besteiro, representante del ala derecha del partido, se mantuvo contrario a estas posiciones. Pensaba que los socialistas deberían dejar que la burguesía hiciera su propia revolución, pues existía la posibilidad que los socialistas

---

<sup>17</sup> El 17 de agosto de 1930 se reunieron en el Centro Republicano de San Sebastián una serie de personalidades republicanas y representantes de partidos de Euskadi, Cataluña y Galicia. Por los socialistas acudieron, a título personal, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos. En esta reunión se eligió un "Comité Revolucionario" formado por Alcalá Zamora, Miguel Maura, Indalecio Prieto, Manuel Azaña, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y Fernando de los Ríos, al que se le asignó el objetivo de desencadenar un movimiento en toda España que acabara con la Dictadura y la Monarquía, y estableciera la República. Este movimiento, y las conversaciones que acabaron sellando un acuerdo entre las fuerzas que participaron, se le conoció como "Pacto de San Sebastián". Después de haber fijado varias fechas, finalmente se acordó declarar un movimiento revolucionario el 15 de diciembre. Los capitanes Ferrnín Galán y García Hernández se anticiparon a esta fecha y sublevaron la guarnición de Jaca el día 12. Como es sabido la sublevación fracasó y los dos capitanes fueron fusilados y la mayor parte de los miembros del Comité Revolucionario fueron encarcelados.

se encontrasen en la posición contradictoria de tener que sacar adelante una política burguesa.

Pero la actitud de algunos dirigentes socialistas cambiará en 1933, año en el que la vía de las reformas parecía más bloqueada que nunca y la oposición de las clases dominantes a cualquier idea modernizadora o de un mínimo contenido social se hizo más encarnizada. El Partido Socialista, que participaba en el gobierno con tres ministros, se había visto enfrentado a sus propias bases al asumir una política resueltamente moderada y no faltaron voces que empezaron a reclamar la ruptura de la coalición con los republicanos para así tener más margen de maniobra<sup>18</sup>. Entre ellas, la del propio Largo Caballero que pasó de ser un ferviente partidario de la coalición, a abogar por su abandono. No es que el Partido Socialista como tal hubiera modificado su estrategia. El problema era que la política de reformas se antojaba inviable por la oposición feroz de la derecha, y porque además no había ningún sector de la burguesía supuestamente interesada en las mismas. Como explica un conocido historiador, el error de los socialistas consistió en creer que los políticos republicanos del Comité Revolucionario de 1930 y del Gobierno Provisional eran la burguesía que iba a cumplir el papel histórico de la burguesía inglesa en el siglo XVII y de la francesa en el siglo XVIII, cuando en realidad aquellos pertenecían a la intelectualidad pequeñoburguesa urbana y, además, el momento en el que la burguesía española podía haber tratado de barrer la obsoleta estructura del antiguo régimen había pasado hacía mucho.<sup>19</sup>

### **El ascenso de la movilización obrera**

Ya casi desde el inicio del nuevo régimen, las masas trabajadoras habían mostrado su impaciencia a través de las numerosas huelgas que se sucedieron por todo el país. La creencia de que una vez abolido el régimen monárquico se daría satisfacción a las reivindicaciones obreras, espoleó

---

<sup>18</sup> Ya el Congreso extraordinario que celebró el PSOE en julio de 1931, poco después de las elecciones a Cortes Constituyentes del 28 de junio, giró en torno a la cuestión de si se debía seguir participando en el Gobierno o no, tema que fue resuelto en sentido afirmativo, aprobándose una propuesta de Indalecio Prieto por 10.607 votos contra 8.362.

<sup>19</sup> Paul Preston: *La destrucción de la democracia en España / Reacción, reforma y revolución en la II República*, pág. 52.

extraordinariamente la movilización, y fortaleció enormemente partidos y sindicatos, los cuales experimentarían un aumento espectacular de sus efectivos. Las huelgas exigiendo que se cumplieran las disposiciones sociales que el gobierno había aprobado y que eran sistemáticamente saboteadas por los propietarios, y las que surgían en demanda de mejoras salariales y laborales, se sucedieron una tras otra, tanto en el campo como en la ciudad. Según la Memoria del Comité Nacional de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (UGT) ante su congreso celebrado en 1932, las huelgas declaradas por el sindicato durante todo el 1931 y el primer semestre del 1932, fueron 925 –no se contabilizaban las declaradas por la CNT-, la mayoría de las cuales tuvieron como escenario las provincias de Valencia, Toledo y Badajoz. En 1932 se declararon en España 681 huelgas y al año siguiente casi se doblaría esta cifra: 1127 con un porcentaje del 40% de huelgas que tuvieron un resultado positivo. Particularmente importante fue la movilización de los trabajadores del campo, no sólo porque el problema que subyacía tras ella –la esperada reforma agraria- dividía a republicanos y socialistas, y ponía al desnudo todas las contradicciones, sino porque una de las federaciones más importantes de la UGT, la FNTT, se erigió en el instrumento que utilizarían los jornaleros para plantear sus reivindicaciones y para organizar sus movilizaciones, al mismo tiempo que se convertía en 1932-1933 en un quebradero de cabeza continuo para el gobierno y para los ministros socialistas<sup>20</sup>. En Andalucía –Sevilla, Cádiz, Huelva y Córdoba- las huelgas fueron acompañadas frecuentemente de ocupación de fincas. En Extremadura, las ocupaciones de fincas y los hurtos de frutos, tomaron grandes proporciones. Uno de los motivos de los frecuentes conflictos fue la negativa de los patronos a dar trabajo a los obreros sindicados; en otros, se trataba de la negativa total a dar trabajo como fórmula para doblegar

---

<sup>20</sup>En el proceso de crecimiento que experimentaron todas las organizaciones obreras tras la proclamación de la República, la UGT fue una de las que tuvo un mayor aumento. En su interior, una de las federaciones que aumentó espectacularmente sus filas fue la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, que pasaría de tener poco más de 27.000 afiliados en 1930, a tener, en junio de 1933, 451.337, lo que suponía alrededor del 45% del total de la afiliación de la UGT. Su implantación más fuerte era en Extremadura, Toledo, Jaén, Córdoba, Málaga y Valencia. El periódico de la Federación *El Obrero de la Tierra* pasó de los 32.000 ejemplares a principios de 1932 a más de 80.000 en el mes de junio.

a los trabajadores por el hambre. En Jaén, un feudo de la FNTT, donde la situación era tensa debido a esta táctica patronal, el sindicato convocó una huelga de 24 horas para protestar contra la resistencia a aplicar el decreto de laboreo forzoso.

La Ley de Reforma Agraria repetidamente modificada desde que se iniciara su trámite, aplazada una y otra vez durante la primera legislatura, vio la luz finalmente en septiembre de 1932. Sin embargo, el contenido de la misma no satisfizo a nadie: ni a las masas de jornaleros ávidas de tierra y en una situación extrema, ni a los propietarios y grandes terratenientes que no podían soportar la más mínima ingerencia del Estado en favor de los campesinos. Por otro lado, la lentitud en su tramitación y el alcance más bien limitado de la misma, acabaron por exasperar a los que esperaban que la Reforma Agraria repartiría la tierra entre quienes tenían necesidad de ella para vivir. A finales de 1933, el balance no podía ser más exiguo: como consecuencia de la aplicación de la Ley de Reforma Agraria, sólo se habían instalado 4.399 campesinos en 24.203 hectáreas, una cifra ridícula si tenemos en cuenta la superficie de tierra que podía ser objeto de expropiación, y la cantidad de brazos disponibles para trabajarla<sup>21</sup>. Más ridícula aún si se tiene en cuenta que el proyecto socialista preveía instalar de 100.000 a 150.000 campesinos por año. En la provincia de Jaén, por ejemplo, sólo fueron asentados unos 5000 obreros entre 1931 y 1936, cuando las cifras de paro oscilaron durante ese mismo período entre 38.000 y 45.800. Según las cifras oficiales, el número de parados ascendía en 1933 a casi 600.000, de los cuales, un 64,5% –más exactamente, 382.965- correspondía a jornaleros agrícolas. A finales de este año, eran frecuentes los informes que redactaban alcaldes y gobernadores civiles en los que se relataba como los obreros en paro se veían obligados a pedir limosna por las calles. Se entiende, pues, la cólera y la decepción de miles de trabajadores en Andalucía y Extremadura que sin esperar más se lanzaron a la ocupación de fincas, protagonizando numerosos enfrentamientos que acababan casi siempre con la intervención violenta de la Guardia Civil, acción para la que a menudo contaba con la colaboración de los mismos

---

<sup>21</sup> *Boletín del Instituto de Reforma Agraria*, (diciembre, 1933), págs. 202-203.

patronos.<sup>22</sup>Significaba también un aviso: la presencia socialista en el gobierno ya no era suficiente para contener la movilización campesina.

Pero la movilización del campo no afectó sólo a aquellas zonas en las que predominaba el latifundio y las grandes masas de jornaleros. También en Cataluña se produce un proceso de movilización campesina que llevará a los rabassaires a manifestarse el 14 de abril de 1933 en Barcelona y a presentar a Maciá sus reivindicaciones. Durante todo este año, la agitación en el campo catalán -que no había cesado desde la proclamación del nuevo régimen y la promulgación de los primeros decretos que abrieron un período de revisión de los contratos de cultivo- mantendrá la confrontación política con el gobierno autónomo que no se decidía a actuar contra los grandes propietarios agrupados en el "Institut Agrícola Català de Sant Isidre", y que dependía del desarrollo de una ley de arrendamientos rústicos anunciada en la Ley de Reforma Agraria pero que las Cortes no llegó a debatir nunca. La movilización de los rabassaires conseguirá una ley que suspenda las resoluciones judiciales que suponían embargos y desahucios contra los aparceros por falta de entrega de la parte correspondiente de la cosecha a los propietarios, después de una campaña en ese sentido y de que muchos campesinos se hubieran negado a satisfacerla. Sin embargo, la Unió de Rabassaires no lo consideró suficiente y continuó presionando al gobierno catalán, provocando la primera gran diferencia con éste. La cuestión agraria agravaría la crisis política en Cataluña -rompió el consenso entre los partidos mayoritarios, la ERC y la Lliga- y sería el detonante que catapultaría el movimiento de octubre.

---

<sup>22</sup> Una relación, incluso sucinta, de choques violentos entre jornaleros y la Guardia Civil puede dar una idea de cual fue la situación: el caso ya citado de Castillblanco; el del pueblo de Villa Don Fadrique (Toledo) en el que murieron dos trabajadores y un guardia civil y hubo numerosos heridos; en el municipio de Casasviejas (Cádiz) donde el anarquista "Seisededos" y toda su familia pereció después que la Guardia Civil incendiara la casa donde habitaban, y en el que murieron además 12 jornaleros asesinados al día siguiente por la fuerza pública; en Zorita (Cáceres) la Guardia Civil disparó contra los jornaleros y mató a tres de ellos. En su órgano *La Batalla*, el BOC afirmaba que entre abril de 1931 y julio de 1933, la policía y el Ejército habían matado a 400 obreros y herido a unos 2000, y que otros 9.000 (la mayoría anarquistas) habían sido encarcelados por motivos políticos (A. Durgan, *BOC 1930-136*, pág. 186).

### **La experiencia de Alemania y Austria y la reacción de la clase obrera**

Pero mientras en España el régimen surgido del 14 de abril trataba de abrirse camino y los socialistas probaban de sacar adelante un programa mínimo de reformas -con el resultado ya comentado y en medio de un desgaste brutal-que había levantado las iras de todas las "derechas", y empezaba a minar sus propias bases, el desarrollo de la situación política en Europa vino a impactar de lleno en la situación española. En efecto, desde enero de 1933, Hitler y el partido nazi se habían hecho con el poder en Alemania y las consecuencias para los trabajadores y sus organizaciones habían sido terribles: el partido comunista -el más fuerte del mundo después del partido comunista ruso- y el partido socialista han sido puestos fuera de la ley y prácticamente borrados del mapa en pocos meses después de ser sometidos a una feroz represión. Tanto el KPD -en pleno apogeo de la teoría del socialfascismo que le llevó en algunas ocasiones a hacer el frente único ... con los nazis contra los socialistas<sup>23</sup>- como el SPD, entregado completamente a la burguesía y a una política que fiaba todo en la creencia de que la Constitución de Weimar y las instituciones eran instrumentos suficientes para frenar a Hitler, tienen una responsabilidad enorme en esta derrota. El edificio construido por la socialdemocracia alemana después de años y años, se había desplomado arrastrando tras de sí a militantes, organizaciones, aparato, etc. El hecho de que todo ello haya sucedido sin que el proletariado alemán, uno de los mejor organizados, haya tenido la oportunidad de ser llamado al combate para impedir esta catástrofe no hace sino aumentar la conmoción en el movimiento obrero y particularmente entre los distintos partidos socialistas. En febrero de 1934, otro acontecimiento viene a golpear al movimiento

---

<sup>23</sup> El Partido Comunista alemán, en la cénaga de la teoría estalinista del "socialfascismo" según la cual no había diferencias entre el fascismo y la socialdemocracia, había estado dirigiendo sus mejores golpes contra el Partido Socialista, llegando incluso a participar en 1931 de una iniciativa de los nazis para obtener la revocación del gobierno socialdemócrata de Prusia, que se encontraba en minoría. Desde Prinkipo, Trotsky denuncia la política del KPD y propone como tarea principal la lucha por un frente único obrero contra el fascismo entre éste y el SPD (v. "Contra el nacional-comunismo. Lecciones del referéndum rojo", escrito el 25 de agosto de 1931, y "La clave de la situación internacional está en Alemania", escrito el 26 de noviembre del mismo año).

socialista: en Viena el canciller Dollfuss, miembro de un partido católico reaccionario – una especie de Gil Robles- aplasta las milicias socialistas del Schützbund tras una semana de lucha, y acaba con la república democrática surgida en noviembre de 1918, con la declarada intención de instaurar un estado autoritario al estilo del que Mussolini había edificado en Italia. La primera medida que pone en práctica inmediatamente es la prohibición de todos los partidos y la proclamación de una constitución corporativa inspirada en la encíclica “Quadragesimo Anno”. En ambos casos, queda demostrado que la burguesía no vacila en suprimir las libertades, en subvertir el marco institucional formalmente establecido si es preciso, para aplastar al moviendo obrero. La impotencia y el fracaso de los socialistas alemanes y austriacos, confiados en que la legalidad detendría por si sola la avalancha fascista, invita a la reflexión sobre las posibilidades y eficacia de un programa de reformas bajo el capitalismo y sobre la propia democracia burguesa. Se trata de una lección difícil de soslayar. Largo Caballero estaba perfectamente informado de lo que había acontecido en Alemania a través de su consejero y hombre de confianza, Luis Araquistain, que había ejercido de embajador en este país entre febrero de 1932 y mayo de 1933. Araquistain había vivido en directo el derrumbamiento de la socialdemocracia alemana y del partido comunista y había escrito diversos artículos al respecto, en los que se mostraba crítico con la actuación del SPD y del KPD y en los que se ponía en duda la posibilidad de conquistar el socialismo sin revolución<sup>24</sup>.

Las repercusiones del desastre alemán no dejaron indiferentes a muchos militantes socialistas que pensaban que Gil Robles estaba empleando en España la misma táctica que Hitler en Alemania. “Mejor Viena que Berlín”, llegaron a pensar muchos. Fue precisamente esa sensación la que recorrerá las filas del PSOE, y la que llevará a la conclusión de que la democracia republicana no representaba ninguna garantía para parar al fascismo, y que para evitar el triunfo de éste había que recurrir a la revolución y a la conquista del poder político. Esto se traducirá en un cambio de actitud ante las instituciones republicanas, que puede apreciarse, a partir

---

<sup>24</sup> L. Araquistain: “Una lección de historia: el derrumbamiento alemán” (1933).

de finales de 1933 y durante todo el 1934, en los discursos de la izquierda socialista. Pero el efecto del avance del fascismo en Europa también provocará un profundo sentimiento unitario en el seno del movimiento obrero en España. La tendencia a la unidad, reacción elemental de la clase obrera en una situación de peligro, comenzará a arraigar con fuerza entre los trabajadores. La lucha por el Frente Único –consigna que había utilizado desde 1931 Nin y la Oposición Comunista española, después Izquierda Comunista de España, y también Joaquín Maurín y el Bloque Obrero y Campesino, opuesta sobre todo al “Frente Único por la base” que proponía el PCE- en oposición a la línea de colaboración de clase encontrará el terreno propicio para desarrollarse en la práctica. En el terreno sindical, en algunos ramos se constituyen Frentes Únicos sindicales que agrupan a todos los sindicatos del sector y que actúan conjuntamente<sup>25</sup>. Y en el terreno político, el 9 de diciembre de 1933, en Barcelona, la UGT, la Federación Socialista (PSOE), el BOC, los sindicatos de oposición dentro de la CNT (trentistas), la Federación Sindicalista Libertaria, la Izquierda Comunista de España, la USC, la Unió de Rabassaires y la Federación de sindicatos expulsados de la CNT (controlados por el BOC) firman un manifiesto de constitución de la Alianza Obrera de Cataluña, con un programa y unos objetivos totalmente clasistas<sup>26</sup>. El texto constitutivo fue el siguiente:

---

<sup>25</sup> Por ejemplo el Frente Único de los trabajadores de las tres empresas de gas y electricidad de Cataluña, constituido en septiembre de 1933 por el sindicato de Luz y Fuerza de la CNT (que sería expulsado por la dirección anarquista, pero que arrastraría a la inmensa mayoría de afiliados cenetistas), la UGT, el CADCI y el Sindicato de Técnicos. Este Frente intervino en una huelga reivindicativa del sector que resultaría exitosa. También en el sector de los trabajadores mercantiles hubo una experiencia similar con la creación del *Frente Único de Empleados Mercantiles*, que agrupaba a 9 sindicatos diferentes, en el sector metalúrgico, textil, en los ferroviarios, o en el de artes gráficas, dónde también se agruparían la mayoría de los sindicatos en un frente único. El Frente Único de los trabajadores de gas y electricidad protagonizarían una nueva huelga general, igualmente victoriosa, en marzo de 1934, cuando los empresarios del sector, aprovechándose de la existencia del gobierno de derechas surgido tras las elecciones de noviembre, quisieron tirar atrás el acuerdo alcanzado con los trabajadores en septiembre.

<sup>26</sup> En marzo de 1933 ya hubo un intento de constituir la Alianza Obrera a partir de una convocatoria realizada por el Ateneu Enciclopèdic Popular. En aquel momento solo apoyaron la idea los sindicatos trentistas, la USC y el BOC, los cuales decidieron formar la *Alianza Obrera contra el Fascismo*. Ésta organizó un mitin en Barcelona que congregó a 8000 personas, al que siguieron otros actos en diversas poblaciones catalanes y la constitución de comités de frente único en Lérida, Olot, Reus y Vinaroz (A. Durgan, *op. cit.*, pág. 194).

“Compañeros: El avance de la reacción capitalista es un hecho de carácter mundial que nadie puede negar, aunque en cada país adopta características especiales. En Italia y Alemania se ha condensado en un fascismo criminal y destructor que quiere retrotraer a aquellos pueblos a las formas políticas del tiempo medieval.

En otros países de Europa y América adopta modalidades que, sin disminuir su carácter odioso, tiende a conseguir lo que se propone, aunque aparentemente se muestre inclinada a respetar las condiciones económicas y políticas que en estos casos predominan.

En el nuestro, en España, vémosla daramente con trazas de triunfar. Primero corrompe el sistema electoral, recurriendo a los procedimientos más infames para llevar al parlamento, si no una mayoría absoluta, sí una minoría que sin contar con ella, es imposible gobernar. Después impulsa al gobierno a proclamar el estado de prevención señalado en la ley de Orden Público, con lo cual deja a la clase trabajadora inerme y sin medios de defensa contra los atropellos que el gobierno quiera acometer y que favorecen a las derechas reaccionarias. Y más tarde, como tercera etapa de su acción infame y canallesca, se vale de la inconsciencia de las masas trabajadoras agrupadas en torno de la FAI y de la CNT con el fin de lanzarlas a la calle y llevarlas al choque brutal con la fuerza pública, y consigue con este maquiavelismo dos finalidades igualmente favorables para ella: conmover a la opinión pública para justificar las más grandes monstruosidades del poder público, y sembrar el terror, la desolación y la muerte, que justifique un golpe de estado reaccionario y fascista. Cálculos deducidos lógicamente de los hechos. Pero no prevalecerán.

Para impedirlo aquí estamos nosotros. Las entidades abajo firmantes, de tendencias y aspiraciones doctrinales diversas, pero unidas en un común deseo de salvaguardar todas las conquistas conseguidas hasta hoy por la clase trabajadora española, hemos constituido la “Alianza Obrera” para oponernos al entronizamiento de la reacción en nuestro país, para evitar cualquier intento de golpe de estado o instauración de una dictadura, si así se pretende, y para mantener intactas, incólumes, todas aquellas ventajas conseguidas hasta hoy, y que representan el patrimonio más estimado de la clase trabajadora.

¡Trabajadores de Cataluña y de España! Haced como nosotros hemos hecho. Abandonad las querellas que os apartan de vuestros compañeros de explotación, aunque conservéis y defendáis vuestros puntos de vista doctrinales, a fin de constituir los comités locales y comarcales antifascistas y de oposición al avance de las fuerzas reaccionarias, en forma que sinteticen sus aspiraciones en un organismo representativo nacional. Oponed al fascismo y a la reacción el muro infranqueable de nuestra voluntad y de nuestras decisiones. A las organizaciones de Cataluña que quieran unirse y cooperar con nosotros les invitamos a enviar su adhesión (...).

También les anunciamos que cuando las circunstancias lo permitan, convocaremos una conferencia regional de todas aquellas organizaciones que estén de acuerdo con la obra que nos proponemos realizar.

¡Trabajadores organizados de Cataluña: enviad vuestras adhesiones! ¡que ninguno falte en este frente obrero antifascista!

¡Viva la unión de la clase obrera para la defensa de todas sus conquistas!

Por la Unión General de Trabajadores, *Vila Cuenca*; por la Unión Socialista, *Martínez Cuenca*; por la Izquierda Comunista, *Andrés Nin*; por el Bloque Obrero y Campesino, *Maurín*; por el Partido Socialista Obrero Español, *Vidiella*; por los Sindicatos de Oposición, *A. Pestaña*, y por la Unión de Rabassaires, *J. Calvet*<sup>27</sup>

El manifiesto fue reproducido en *El Socialista* en forma elogiosa y exhortando a que el “ejemplo de los camaradas de Cataluña” tuviera “sucursales en toda España”. De hecho, Largo Caballero llegó a entrevistarse con delegados de la Alianza Obrera catalana en los meses de enero y febrero de 1934. El tono clasista podía apreciarse también en la apostilla con la que se concluía el manifiesto:

“Siendo esto un frente obrero exclusivamente, las organizaciones políticas y partidos que no sean de clase habrán de adherirse moralmente, pero no ser miembros efectivos de él.”

Nin, que era uno de los firmantes del pacto de Alianza Obrera y formaba parte de su comité dirigente en Cataluña, afirmó días después que su constitución era “uno de los acontecimientos más importantes que se han producido en el movimiento obrero internacional durante esta última década (...) La trágica experiencia de Italia y Alemania ha infundido a las masas trabajadoras el convencimiento profundo de que sólo la unidad de acción de la clase obrera puede evitarle una hecatombe igual a la que han sufrido sus hermanos de esos dos países”<sup>28</sup>. La Alianza Obrera constituida en Barcelona, que se concebía como parte de un movimiento de ámbito estatal que debía ser organizado a escala local, comarcal, provincial, etc., se desarrolló rápidamente por toda Cataluña a pesar de que la USC fue expulsada cuando entró en el gobierno de la Generalitat en el mes de marzo de 1934, y a pesar de que la Unió de Rabassaires, muy mediatizada por la ERC, también la abandonaría. En junio de este mismo año se celebró la I Conferencia Regional de la Alianza Obrera de Cataluña, en la que estuvieron representadas las poblaciones de Badalona, Barcelona, Callús, Canet de Mar, Esparreguera, Gavà, Igualada, Manresa, Mataró, Puigregí, Rubí, Sabadell, Sallent, Santa Perpètua de Moguda, Sant Cugat, Sant Vicenç de Castellet, Sitges, Terrassa, Vilanova i la Geltrú, Girona, Palafrugell, les

<sup>27</sup> Reproducido de *Comunismo*, núm. 31 (enero, 1934).

<sup>28</sup> *Adelante*, (16-I-1934), citado en Pelai Pagès: *El movimiento trotskista en España, 1930-1935*, pág. 176-177.

Borges Blanques, Lleida, Barberà de la Conca, Cabra del Camp, y Reus.<sup>29</sup> La experiencia se extendió a otras partes. En el País Valencià, donde la CNT estaba controlada por los sindicatos trentistas y éstos apoyaron la iniciativa, tuvo una influencia real como por ejemplo en Valencia, donde se constituyó en febrero de 1934, con los socialistas, el BOC y la mayoría de los sindicatos cenetistas. En Alicante, fue a finales de abril cuando se formalizó la Alianza integrada por el PSOE, el BOC y unos sindicatos autónomos. En Castellón, se formó en julio, después de una huelga general de tres días convocada a finales de enero por un frente compuesto por los socialistas y el BOC, en protesta por una manifestación fascista, que se permanentizó y dio lugar a la Alianza. También hay noticias de que se constituyeron Comités de Alianza Obrera en Alcoy y Vinaroz.

En Asturias, donde desde el mes de febrero se habían estado celebrando reuniones en los locales del Centro de Sociedades Obreras de Oviedo, convocadas por la UGT y la CNT con el fin de llegar a un acuerdo de unidad de acción, acuerdo al que finalmente se llegó el 28 marzo de 1934, con la firma del pacto de alianza obrera entre la UGT –en el interior de la cual ocupa un lugar especial el Sindicato de Obreros Mineros de Asturias- y la CNT y la Federación Socialista Asturiana, al que poco después se añadieron el BOC y la Izquierda Comunista. Sólo el Partido comunista quedó fuera, autoexcluido y bramando en contra de la “Santa Alianza” contrarrevolucionaria. El texto del acuerdo sobre el que se fundamentó la Alianza Obrera asturiana señalaba que “las organizaciones que subscriben, Unión General de Trabajadores, y Confederación Nacional del Trabajo, convienen entre sí en reconocer que frente a la situación económico-política del régimen burgués de España, se impone la acción mancomunada de todos los sectores obreros con el exclusivo objeto de promover y llevar a cabo la revolución social”, para lo cual se establecía en Oviedo “un Comité Ejecutivo en representación de todas las organizaciones adheridas a este Pacto, el cual actuará de acuerdo con otro nacional y del mismo carácter para los efectos de la acción general de toda España”.<sup>30</sup>

<sup>29</sup> A.Durgan: *op. cit.* pág. 243-247.

<sup>30</sup> Manuel Grossi: *La insurrección de Asturias*, pág. 12. Grossi reproduce el texto completo del acuerdo.

En Madrid se constituiría en el mes de mayo a iniciativa de las Juventudes Socialistas; también en Sevilla, Badajoz, Jaén, Almería, Granada, Murcia, Santander, Zamora, Toledo ... Sin embargo, no consiguió extenderse a todas las provincias y, sobretodo, como veremos a continuación, no consiguió constituirse como un movimiento de ámbito estatal por la negativa del PSOE –el único partido que podía hacerlo- a imprimir esta dinámica a las Alianzas Obreras.

No obstante, a pesar de estas circunstancias, lo cierto es que allí donde se constituyeron con la voluntad de ser útiles a los trabajadores, las Alianzas Obreras se convirtieron en un organismo para la movilización de las masas y para la defensa de las reivindicaciones. En Cataluña, la Alianza Obrera convocó el 13 de marzo de 1934 una huelga general de protesta contra el fascismo y en solidaridad con los huelguistas de la construcción y el metal de Madrid, que a pesar del boicot del Gobierno de la Generalitat y de la no participación de la CNT, que estuvo en contra de la misma, fue seguida en diversas poblaciones como Sabadell, Mataró, Manresa, Caldes de Montbui, Gerona, Lérida, Balaguer, Tarragona, Tortosa, Reus, Sant Vicenç de Castellet y Sitges. Asimismo apoyó a los rabassaires en el conflicto que les enfrentó con la ERC y la Lliga por la Ley de Contratos de Cultivo.

En Asturias, la Alianza Obrera convocó una huelga general contra la concentración de la CEDA en Covadonga que fue un éxito, y otro tanto ocurriría en Madrid cuando las huestes de Gil Robles quisieron realizar una concentración en El Escorial en abril de 1934. De igual manera, la Alianza Obrera de Madrid impulsó una gran acción de solidaridad con los trabajadores de Zaragoza que se hallaban en huelga general desde hacía varios meses. En Valencia, también en abril, la Alianza Obrera protagonizó un paro de 24 horas en solidaridad con los trabajadores de luz y fuerza que paralizó por completo la ciudad.

### La “revolucionarización” del PSOE

Entre el verano de 1933 y los primeros meses de 1934, diversos elementos se conjugaron para sentar las bases que acabarían por dibujar el fenómeno de la “radicalización” del PSOE –un fenómeno que por otra parte no fue exclusivamente español-, y acabarían preparando a corto plazo los acontecimientos

que tendrían lugar en el mes de octubre. Ya se han comentado algunos de ellos: los efectos de la crisis económica y sus consecuencias políticas y sociales, que quedaron plasmadas en la Europa de los años treinta en el avance inexorable de la dinámica revolución-contrarrevolución, que también alcanzó a España a pesar de su atraso; la crisis misma de la sociedad española que difícilmente podía ser resuelta en el marco de unas estructuras que la República respetará y defenderá, y que acabaría incidiendo sobre los partidos que asumieron esa contradicción, particularmente sobre el partido socialista; la tremenda presión de las clases dominantes en el sentido de no admitir ninguna reforma y la impotencia generada tras el fracaso de la coalición republicano-socialista, elementos todos ellos que acabaron “desestabilizando” a todos los que creían en la bondad de la táctica gradualista y, en cierta forma, los acabó alejando de ella; la moderación con la que actuaron los socialistas y los dirigentes de la UGT hasta 1933 –los “sacrificios por la República”- sólo justificables ante los trabajadores con la existencia de una situación de progreso social ininterrumpido, cosa que como sabemos, no sucedió en ningún momento. Por el contrario, esta política de moderación socavó los cimientos de las propias bases y abrió un abismo entre las expectativas generadas y lo que se había conseguido, al tiempo que sacrificaba la credibilidad ante las masas socialistas para defender una república burguesa que negaba toda posibilidad de reforma. La realidad empujaba a considerar un razonamiento muy sencillo: “si no están conformes –se preguntaba Largo Caballero- con un jurado mixto, si no están conformes con la Ley de Términos Municipales, ¿es que van a estar conformes esos elementos con que algún día el Partido Socialista pueda pacíficamente transformar la estructura económica de la sociedad, socializar, como se dice en la constitución, la riqueza social?”<sup>31</sup>. Es natural que, a la luz de la experiencia propia y de lo que había pasado en Alemania o Austria muchos militantes vieran la política de reformas como una utopía y las alianzas con los republicanos como una pesada carga que difícilmente se podía justificar. La imposibilidad de acometer reformas sociales sin un cambio revolucionario

servieron, en definitiva, para alejar el sueño de muchos cuadros y militantes del PSOE y la UGT, relativo a la posibilidad de conquistar el socialismo por la vía pacífica o parlamentaria y para revisar la eficacia de la colaboración con los republicanos. También, para abandonar la concepción clásica en la que había fundamentado años y años de práctica militante muchos dirigentes sindicales, según la cual la emancipación de los trabajadores sería, casi exclusivamente, el resultado final de su organización como clase. La onda “izquierdista” llegó a alcanzar durante un tiempo incluso a dirigentes como Indalecio Prieto, líder de la fracción moderada de “centro”, que asumió como propio el discurso amenazante de la revolución en el caso de que la derecha reaccionaria llegara al poder. Es a finales de 1932 cuando empieza el proceso de radicalización de Largo Caballero. En cierto sentido, su origen no era otro que la expresión del estado de ánimo de la base impaciente por la lentitud de las reformas y por el éxito de la derecha en la obstrucción de su aplicación, y al mismo tiempo fue también el reflejo de la movilización obrera que recorría prácticamente toda la península. Hombre poco dado a hacer declaraciones o a participar en mítines mientras fue ministro, la primera vez que Largo Caballero expresó públicamente su indisimulable decepción y su punto de vista político acerca de la actitud que deberían adoptar los socialistas fue en el acto celebrado el 23 de julio de 1933 en el cine Pardiñas de Madrid, que comúnmente se considera el arranque de lo que se daría en llamar “largocaballerismo” o izquierda socialista. En este mitin, al que acude para contribuir a la recaudación de fondos para la rotativa de *El Socialista*, y porque observa “que el enemigo común va apretando el cerco y aumentando la agresividad contra nuestro partido y contra nuestras ideas”, Largo Caballero todavía reivindica la participación en el gobierno y la colaboración con los republicanos –todavía es ministro-, pero lanza la siguiente advertencia:

“Ya sabemos nosotros que si ponen a nuestro partido y a nuestras organizaciones en la situación de que, para impedir una dictadura burguesa o el fascismo, hay que implantar la dictadura proletaria, el trance es gravísimo para nosotros, muy grave para nuestras organizaciones y muy grave para España. Pero entre las dificultades y la gravedad que esto pueda originar y la gravedad que pueda causarnos la dictadura burguesa o el fascismo, me parece que no hay otra opción; por muchas que sean las dificultades, habrá que arrostrarlas. Y esto no lo inventamos nosotros; lo

<sup>31</sup> *Discursos a los trabajadores*, pág. 97-98.

estamos viendo vivir a camaradas nuestros. Ahí tenéis a Alemania. (...)"

Y añade:

"Que conste bien: el Partido Socialista va a la conquista del poder, y va a la conquista, como digo, legalmente si puede ser. Nosotros deseamos que pueda ser legalmente, con arreglo a la constitución, y si no, como podamos. Y cuando eso ocurra, se gobernará como las circunstancias y las condiciones del país lo permitan. Lo que yo confieso es que si se gana la batalla no será para entregar el poder al enemigo".<sup>32</sup>

Estas manifestaciones fueron complementadas con la intervención que realizó en la Escuela de Verano de las Juventudes Socialistas en agosto del mismo año reafirmando -ante un auditorio enfervorecido que antes había recibido con cierta frialdad y algunas dosis de hostilidad los discursos de Besteiro y Prieto- de todo cuanto había dicho:

"Algunos han pensado que las palabras pronunciadas en Pardiñas lo fueron con el propósito de causar un efecto exterior, un efecto político, para tonificar un poco los espíritus de los camaradas; pero que no estaba yo muy convencido de ellas, que era una habilidad. Declaro que me ratifico de todo cuanto dije en Pardiñas".<sup>33</sup>

Estas palabras pronunciadas por quién había representado mejor que nadie en el Partido Socialista el prototipo de dirigente archirreformista tuvieron un enorme eco y causaron un revuelo espectacular. El viejo líder reformista -al que pronto sus partidarios comenzarían a llamarle el "Lenin español"-, y con él, muchos cuadros de la UGT y todas las Juventudes Socialistas, iniciará un giro que le conducirá a posiciones que sus adversarios calificaron de "bolchevizantes". Particularmente, las Juventudes Socialistas se convertirán en la caja de resonancia de los puntos de vista de Largo Caballero y en la abanderada de la lucha contra el ala derecha del partido (representada por Besteiro) y el "centro" (Prieto). Agitando y proclamando a los cuatro vientos la necesidad de la revolución y de la conquista del poder político, señalan que el instrumento para todo ello es el partido socialista. Un partido socialista que hay que "depurar" de todos aquellos elementos contrarios a la revolución. Todos ellos se lanzaron a la conquista del Partido y del sindicato y consiguieron desplazar de la dirección a los elementos moderados. Los

<sup>32</sup> Francisco Largo Caballero, *Discursos a los trabajadores*, págs. 48-49.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, pág. 30-31

acontecimientos se sucederán muy rápidamente.

El 19 de septiembre de 1933 tiene lugar una reunión del Comité Nacional del PSOE, en la que los delegados asistentes saludan la salida del gobierno de los ministros socialistas, rechazan el comunicado final que había redactado Prieto e imponen contra la opinión de los dirigentes de la ejecutiva nacional un manifiesto en el que se recoge expresamente la mención a la "necesidad de conquistar el poder político como medio indispensable para implantar el socialismo". La ruptura de la alianza con los republicanos y la consecuente liberación de compromisos dará mayor libertad política a los socialistas. A finales de 1933, después del anuncio de Gil Robles de su determinación de implantar en España el Estado corporativo, se plantea en el Comité Nacional de la UGT una resolución "a favor de la organización inmediata y urgente, de acuerdo con el partido socialista, de un movimiento revolucionario de carácter nacional para conquistar todo el poder para la clase obrera", que es rechazada por 28 votos contra 17; sin embargo, a pesar de esta votación, Largo Caballero consigue que se apruebe la constitución de una comisión mixta PSOE-UGT que tendrá como misión la de organizar los aspectos prácticos de una insurrección en el caso de que la CEDA acceda al gobierno. Prieto redacta el programa que sustentaría una hipotética sublevación y es presentado en el Comité Nacional de la UGT del 27 de enero de 1934, que lo aprueba, desencadenando así la dimisión de la ejecutiva besteirista<sup>34</sup>. El

<sup>34</sup> El proyecto de programa redactado por Prieto constaba de 10 puntos en los que se proponía: nacionalización de todas las tierras; prioridad al financiamiento de los trabajos de irrigación; reforma de la enseñanza pública; disolución de todas las órdenes religiosas, confiscación de sus bienes y expulsión de las que se consideren peligrosas; disolución del Ejército y reorganización del mismo sobre bases democráticas; disolución de la guardia civil y creación de una milicia popular; reforma y depuración de la burocracia del Estado; medidas encaminadas al mejoramiento moral y material de los trabajadores de la industria; reforma del sistema fiscal; implantación rápida mediante decreto de las medidas anteriores, ratificados por los órganos legislativos que libremente se dé el pueblo, y cesación en sus funciones del presidente de la República. Además de estos puntos -que no se publicarían hasta quince meses después- parece ser que Largo Caballero presentó un documento con cinco puntos que concretaban la acción a desarrollar y que eran los siguientes: organización de un movimiento francamente revolucionario; declaración de ese movimiento en el instante en que se juzgue oportuno; poner el partido y la UGT en relación con los elementos que se comprometan a cooperar en el movimiento; si la revolución triunfase, hacerse cargo del poder político el partido socialista y la UGT con la participación de todos aquellos que hubieran colaborado con la revolución; desarrollar el programa citado anteriormente.

programa viene a ser una defensa de la República y de la obra realizada por las Cortes constituyentes y por el gobierno republicano-socialista, pero la sola invocación a la posibilidad de organizar una insurrección asusta a los elementos más moderados. Largo Caballero es elegido secretario general y uno de sus correligionarios –Anastasio de Gracia– es nombrado presidente. Las federaciones más importantes del sindicato corren la misma suerte: la de construcción, metalúrgicos, banca, transporte y, sobre todo la poderosa Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, que pasará a dirigir Ricardo Zabalza. También cae en poder de los “izquierdistas” la importante Agrupación Socialista de Madrid, y en abril de 1934, en ocasión del V congreso de las Juventudes Socialistas, es la dirección de la organización juvenil la que pasa a manos de los partidarios de Largo Caballero, que pasará a ser representada por un nuevo presidente, Carlos Hernández Zancajo –dirigente del Sindicato del Transporte y de la Agrupación de Madrid– y por un nuevo secretario general, el joven Santiago Carrillo, que iniciaba entonces su carrera política. A partir de ese momento, la FJS actuará como la punta de lanza de la izquierda socialista y someterá a una presión constante al resto de corrientes del partido. El portavoz de la Juventudes Socialistas, *Renovación*, se convertirá en un agitador permanente en favor de la vía revolucionaria y en la lucha por la depuración del partido, tarea a la que invitaban a participar a los trotskistas de la Izquierda Comunista que ellos consideraban “como los mejores revolucionarios y los mejores teóricos de España”. En el congreso en el que se desplazó de la dirección a los militantes adscritos a la corriente besteirista que habían dirigido hasta ese momento la organización juvenil, la resolución presentada proclamaba la firme convicción de la organización en los principios de la revolución proletaria y apuntaba que en aquellos momentos no había otra salida que la insurrección armada de la clase obrera para conquistar completamente el poder político e instaurar la dictadura del proletariado. Una resolución que representaba un salto cualitativo en relación al acuerdo al que habían llegado a principios de año las ejecutivas del PSOE y la UGT respecto al programa que habría de acompañar la toma del poder.

El proceso que se operaba en el interior del Partido Socialista no pasó desapercibido,

entre otros, para el grupo que dirigía Nin. En abril de 1934, en la revista teórica de la organización, uno de los miembros del comité ejecutivo de la ICE exponía muy bien las razones de la radicalización:

“Al parecer, el partido socialista se ha dado cuenta –la realidad entra por los poros de la piel– de que la burguesía va esta vez a la eliminación completa de todo lo que en el mundo obrero ha creado la evolución histórica. Y como al fin y al cabo el partido socialista forma parte integrante y se nutre de ese mundo obrero, el peligro de aniquilamiento amenaza también al partido socialista. Ya no se trata para el partido socialista de servir a la burguesía ejerciendo su influencia adormecedora sobre el proletariado, pues la burguesía le ha hecho saber que no solamente no le pagará nada por el servicio, sino que, por el contrario, una necesidad superior le obliga a ejecutar a su antiguo sirviente (...) Y de acuerdo con sus temores el partido socialista emprende un viraje radical orientándose hacia posiciones revolucionarias. Ya el sólo hecho de aludir a la revolución concentra en torno al partido socialista la casi totalidad del proletariado y de las masas populares”<sup>35</sup>.

Había que sacar, pues, conclusiones de todo ello. En el mismo número de la revista *Comunismo*, se publicaba un artículo de Trotsky titulado “Centrismo y Cuarta Internacional” en el que se apuntaban algunos de los elementos que compondrían el análisis sobre los procesos de diferenciación en el interior de la socialdemocracia internacional, a partir de la experiencia de la lucha de clases. Trotsky se había dado cuenta de que la crisis de los regímenes parlamentarios, característica de la década de los treinta, había afectado profundamente a la socialdemocracia, ligada históricamente a la existencia de aquellos, y pensaba que los acontecimientos de Alemania y Austria habían sellado la suerte del reformismo clásico y que éste se había visto “obligado” a transformarse en “centrismo”, creando así una nueva situación en la que ya no valían viejas fórmulas repetidas sin tener en cuenta los cambios producidos. La crisis de la socialdemocracia internacional había adoptado básicamente dos expresiones: de un lado, la multiplicación de partidos y organizaciones socialistas de izquierda que proceden de escisiones de la II Internacional, y por otro lado, la proliferación de corrientes de izquierda en el interior de esos mismos partidos. La etiqueta de “reformismo” no tiene ya –según Trotsky– el mismo significado que en la época del capitalismo ascendente y bajo

---

<sup>35</sup> Esteban Bilbao: “Algunas consideraciones ante la situación”, *Comunismo* núm. 34, (abril 1934).

ella se desarrollan fenómenos nuevos que los marxistas no debían ignorar y que abrían perspectivas inmejorables para los revolucionarios. Trotsky propone a los partidarios de la IV Internacional, la entrada en los partidos socialistas para precisamente reforzar sus alas izquierdas. En Francia, los militantes de la Ligue Communiste deciden entrar en la SFIO en agosto de 1934. Aunque no sin fuertes discusiones y en algunos casos provocando fuertes crisis, el giro “francés” tendrá igualmente su desarrollo en otros países, como por ejemplo, Bélgica, Polonia, Italia, Inglaterra, Argentina o Estado Unidos. En España, la cuestión empezó a discutirse en septiembre de 1934, en vísperas de la insurrección de octubre, pero la mayoría de dirigentes de la ICE se oponen al giro “francés” y afirman por su parte que la “garantía de futuro reside en el frente único, pero también en la independencia orgánica de la vanguardia del proletariado. De ninguna manera, por un utilitarismo circunstancial, podemos fundirnos con un conglomerado amorfo, llamado a romperse al primer contacto con la realidad”<sup>36</sup>. La ICE rechaza la posibilidad de intervenir en la crisis del PSOE y de acercarse a las Juventudes Socialistas, a pesar de que éstas últimas habían hecho llamamientos en este sentido, y a pesar también que algunos de sus dirigentes habían mostrado simpatías por la idea de la IV Internacional. Nin, y con él la mayoría de los dirigentes de la organización, prefiere unirse al proyecto de unificación iniciado por cuatro pequeños partidos en Cataluña, que finalmente se vería reducido a dos —el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista—, y que acabaría desembocando en la constitución del POUM en septiembre de 1935. Meses antes, en abril, la dirección de la ICE había ensayado una vía “intermedia”: en Cataluña, sus militantes seguirían con el proyecto “unificador”, mientras que en el resto de España entrarían en el PSOE para ayudar a su corriente revolucionaria “a orientarse en el sentido del marxismo revolucionario”<sup>37</sup>. Sin embargo, la mayoría de los militantes rechazó esta propuesta y el Comité Ejecutivo decidió finalmente extender el nuevo partido a todo el estado español<sup>38</sup>.

<sup>36</sup> *Comunismo*, núm. 38 (septiembre de 1934).

<sup>37</sup> Pelai Pagès: *op. cit.* pág. 278.

<sup>38</sup> Sólo un pequeño grupo de militantes de Madrid decidió no aceptar la resolución del CE de la ICE —entre los que se contaban Fersen, Esteban Bilbao, Munis ...- y pidió la entrada en el PSOE.

Los jóvenes socialistas no contarían con la ayuda de, según ellos, los “mejores revolucionarios” y los “mejores teóricos” para combatir a los reformistas y convertir el PS en el partido de la revolución social. Como veremos más adelante, otros lo harían con el resultado ya conocido: la conversión de las Juventudes Socialistas en JSU, después de la unificación con las Juventudes Comunistas, acabaría proporcionando una base de masas al PC, y bloquearía la posibilidad de profundizar la línea de ruptura con la política de colaboración de clases que los jóvenes socialistas habían intentado ensayar en su lucha contra la derecha socialista.

### **Alcance y limitaciones de la radicalización socialista**

Ciertamente había mucho de retórica en las declaraciones de la izquierda socialista, y es verdad que, como han señalado algunos estudios, éstas parecían más destinadas a presionar al presidente de la República para que no permitiera el acceso al gobierno de la CEDA, a conjurar este peligro, que no a hacerlas realidad llegado el momento. Pero también es cierto, como escribió Munis, “que si las amenazas de revolución eran simples sonoridades en boca de los dirigentes socialistas, al repercutir en la conciencia de las masas se transformaba en convicciones y acción”<sup>39</sup>. En realidad, el radicalismo del ala izquierda del PSOE —que como ya se ha señalado respondía sobre todo a un estado de espíritu de las masas obreras, al ascenso revolucionario de las mismas y a la impotencia generada tras el fracaso de la coalición republicano-socialista— se estuvo moviendo durante los primeros meses de 1934 entre la amenaza verbal y la práctica reformista de siempre. El propio desarrollo de las Alianzas Obreras estuvo lastrado precisamente por ello. Munis, que formó parte de la Alianza Obrera de Madrid como delegado de la ICE, ha explicado la actitud de los representantes del PSOE en la misma, y como la estrategia equivocada de la izquierda socialista resumida en la consigna “nada de batallas parciales” en nombre de la revolución, reducía las posibilidades de las alianzas, negaba la necesidad de estructurarlas y de llenarlas de contenido, y las convertía en un elemento decorativo o, en

<sup>39</sup> G. Munis: *Jalones de derrota promesa de victoria/Crítica y teoría de la revolución española, 1930-1939*, pág. 139.

el mejor de los casos, en un simple comité de coordinación de las organizaciones. Contradictoriamente, sólo en Cataluña –dónde el PSOE no disponía de mucha influencia- y en Asturias –dónde paradójicamente la dirección del SOMA y de los socialistas no era largocaballerista si no que estaban identificados con las posturas de Prieto- las alianzas tuvieron un desarrollo diferente y se convirtieron en un referente para el movimiento obrero.

La expresión máxima de la estrategia que despreciaba la lucha cotidiana en nombre de la preparación de la lucha final, pudo observarse en junio de 1934 en ocasión de la huelga campesina convocada por la FNTT. Ésta se vio obligada a tomar esta decisión ante la presión de sus bases, desesperadas por la situación y por el empuje de la reacción. En el mes de mayo, los diputados de la CEDA habían conseguido la revocación definitiva de la Ley de Términos Municipales, poco antes de que empezara la recolección de la cosecha, con lo que los propietarios tuvieron las manos libres para contratar mano de obra forastera -portuguesa y gallega-, en detrimento de los trabajadores locales afiliados a las organizaciones de izquierda, y bajar a continuación los salarios. *El Debate* agitaba en favor de que se contratara sólo a los obreros afiliados a los sindicatos católicos y la situación se hizo desesperante para miles y miles de jornaleros que vieron además como las pocas defensas que tenían –la mayoría socialista en algunos ayuntamientos- también eran anuladas: el Ministro del Interior Salazar Alonso, representante político de los terratenientes de Badajoz y colaborador próximo de Gil Robles, dio órdenes de destitución “allá dónde no se tuviera confianza en el alcalde para el mantenimiento del orden público”<sup>40</sup>. Alrededor de 200 alcaldes socialistas fueron destituidos por este procedimiento.

Después de múltiples peticiones del sindicato a las autoridades para que cumplieran con la legislación laboral y de numerosas protestas ante la clausura sistemática de Casas del Pueblo y por la persecución que sufrían los trabajadores afiliados al sindicato, la ejecutiva de la FNTT se decidió finalmente por convocar la huelga. La decisión no contó con el respaldo de la ejecutiva de la UGT que se opuso a ella aduciendo, entre otras razones, que un movimiento de este tipo provocaría

una represión terrible, que a su vez podría provocar una huelga general en todo el país que la UGT no estaba en condiciones de convocar. El propio Largo Caballero se encargó de indicar a los dirigentes de la federación campesina –todos ellos adscritos a su corriente- que no contaran con ninguna huelga de solidaridad de los trabajadores industriales. Incluso el comité de enlace PSOE-UGT formado en enero para estudiar los detalles de organización de un movimiento revolucionario, informó a todas las secciones de que la huelga campesina no tenía nada que ver con tal movimiento, lo que constituía evidentemente una invitación a no apoyarla. Aún así, los dirigentes de la FNTT, que argumentaban ante sus compañeros de la ejecutiva de la UGT que no podían abandonar a sus afiliados al hambre, la persecución política y a los despidos, mantuvieron la huelga fijando la fecha del 5 de junio para el inicio de la misma<sup>41</sup>. La respuesta de Salazar Alonso fue publicar un decreto declarando la cosecha un servicio público nacional y la huelga un conflicto revolucionario, y a continuación todas las reuniones, manifestaciones y propaganda que tuvieran que ver con la misma, fueron declaradas ilegales. El primer golpe fue asestado contra *El Obrero de la Tierra*, que fue clausurado y ya no reaparecería hasta 1936. Se produjeron detenciones masivas de campesinos que eran trasladados en camiones a punta de fusil lejos de sus casas, e incluso se detuvo a cuatro diputados socialistas. A pesar de todo, la huelga fue un éxito en Jaén, Granada, Ciudad Real, Badajoz y Cáceres, y fue seguida notablemente en el resto de Andalucía. Pero los huelguistas no pudieron impedir que los propietarios contrataran mano de obra foránea –de Portugal y otras provincias- y además, el gobierno recurrió al Ejército para utilizar las máquinas trilladoras. La lucha se saldó con una derrota tremenda para la

<sup>40</sup> Paul Preston: *op. cit.*, pág. 188.

<sup>41</sup> Las peticiones de la huelga eran: cumplimiento de las bases de trabajo; obligatoriedad del servicio de colocación con turno riguroso, independientemente de la afiliación política; reglamentación del empleo de máquinas y forasteros para asegurar cuarenta días de trabajo a los trabajadores de cada provincia; medidas inmediatas y efectivas contra el paro; apropiación temporal por el Instituto de Reforma Agraria de las tierras cuya expropiación estaba prevista en la ley de reforma agraria y su arrendamiento colectivo a los desempleados; aplicación de la ley de arrendamientos colectivos; reconocimiento del derecho a relevar a todos los beneficiados por la intensificación de los cultivos; asentamiento antes del otoño de los campesinos para los que el Instituto de Reforma Agraria tenía tierras disponibles; creación de un fondo crediticio para ayudar a los arrendamientos colectivos; y rescate de bienes comunales (citado en Paul Preston: *op. cit.*, pág. 192).

FNTT, a la que la represión golpearía duramente, y a sus líderes, muchos de los cuáles fueron condenados a varios años de prisión. El sindicato ya no volvería a dar señales de vida hasta después de la victoria del Frente Popular en febrero de 1936. En Madrid, en el seno de la Alianza Obrera que controlaban los socialistas, Munis batalló para que ésta ocupara su lugar en la lucha y no dejara solos a los campesinos. Sus esfuerzos fueron inútiles pues la teoría del “ahorro de energías” espetada por los delegados socialistas se impuso a cualquier otra consideración. Munis acabaría abandonando la Alianza Obrera en protesta por esta actitud claudicante, aunque la ICE volvería semanas después a ocupar de nuevo su puesto en este organismo.

En el marco de la preparación de la anunciada insurrección para el momento en el que la CEDA accediera al Gobierno, los socialistas –y particularmente el ala izquierda– mostraron la otra cara de su radicalismo verbal, y abandonando a su suerte a miles de campesinos y al sindicato que decidió luchar con ellos, permitieron un triunfo de la reacción que tendría posteriormente consecuencias en octubre. Como se verá a continuación, la orientación política que despreciaba las luchas parciales porque podían desgastar las fuerzas para la “lucha final” no fue sino la de la CEDA. La elección de las personas que habían de representar a este partido en el nuevo gabinete constituía toda una declaración de guerra: desde el ofrecimiento de la cartera de Agricultura –que ocuparía Manuel Giménez Fernández– con lo que suponía que un representante de la CEDA ocupara este ministerio después de que este partido se hubiera hecho eco de todas las reivindicaciones de los terratenientes, pasando por la designación para el Ministerio de Justicia –que recayó en el diputado por Pamplona Rafael Aizpún, un hombre que no ocultaba sus simpatías tradicionalistas–, para acabar con la designación para la cartera de Trabajo de Anguera de Sojo, un jurista especialista en derecho canónico y fiscal responsable del secuestro de 100 números de *El Socialista*, que era además miembro destacado del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro y por tanto, enemigo acérrimo de la Esquerra Republicana y del Gobierno de la Generalitat<sup>42</sup>.

cobertura ideológica tras la cual se parapetó la izquierda socialista para continuar con la práctica política con la que, a pesar de la fraseología utilizada, no habían roto.

### **La CEDA accede al Gobierno: estalla la insurrección.**

Fortalecidos por la victoria sobre la huelga campesina, la reacción se atrevió a dar un paso adelante. A finales de septiembre, la CEDA anunció que no podía continuar dando apoyo a un gobierno minoritario –el mismo que hasta ese momento le había facilitado su labor contrarrevolucionaria– y abrió con ello la crisis. Samper dimitió el 1 de octubre y Alcalá Zamora inició la ronda habitual de consultas con todos los representantes políticos con vistas a solucionar la crisis. Republicanos moderados como Martínez Barrio y Sánchez Román sugirieron al presidente de la República que no permitiera la entrada de la CEDA en el gobierno. Los socialistas pidieron la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones. Nada de ello hizo cambiar de opinión al presidente de la República. Aunque el día antes ya se conocía oficiosamente, el 4 de octubre se anunciaba la constitución del nuevo gobierno con la inclusión de tres ministros

Desde el 1 de octubre, fecha en que se anuncia la crisis gubernamental, hasta el momento en el que se constituye un nuevo gabinete presidido por Lerroux con los tres ministros de la CEDA, los dirigentes socialistas –incluido Largo Caballero–, lejos de prepararse para la conquista del poder, estuvieron apurando hasta el último momento todas las posibilidades de intentar influir en el presidente de la República para evitar lo que parecía inevitable y ahorrarse así la responsabilidad de desencadenar el movimiento con el que habían estado amenazando desde hacía meses. Sólo cuando el nuevo gobierno, horas después de constituirse, anunció la implantación de la ley marcial, no les quedó más remedio que batirse, pero ello se hizo sin preparación y sobre todo sin dirección. En Madrid, el 4 de octubre, los dirigentes de UGT anunciaron a las autoridades con 24 horas de antelación que iban a realizar una huelga general pacífica, intentando de esta manera y a la

<sup>42</sup> Al parecer, la designación de Anguera de Sojo fue una acción premeditada de provocación, pues una delegación de la Esquerra Republicana se entrevistó previamente con Alcalá

Zamora para pedirle su exclusión del gobierno. Gil Robles se negó en redondo a aceptar su substitución por otro representante de la CEDA (v. Paul Preston: *op. cit.*, pág. 207).

desesperada que Alcalá Zamora cambiara de opinión. El plazo dado ofreció al Gobierno la posibilidad de prepararse eventualmente contra la protesta: inmediatamente fueron encarcelados todos los dirigentes obreros que no huyeron o se escondieron. Largo Caballero tuvo que ocultarse para evitar ser detenido y Prieto marchó al exilio. La huelga completamente desorganizada se alargó durante ocho días, mientras las milicias y demostró claramente la voluntad de combate de miles de trabajadores. En efecto, si en Madrid feudo de la fracción izquierdista, el movimiento estuvo deshilvanado, en Asturias y en Cataluña, lugares dónde la Alianza Obrera tuvo un desarrollo real, las masas respondieron al llamamiento a la lucha.

### **El movimiento en Cataluña y en Asturias**

En Cataluña, con las primeras noticias de la crisis, la Alianza Obrera se reunió en sesión plenaria desde el 3 de octubre mientras recibía a los delegados de todas las poblaciones donde se había constituido. En la misma, los delegados del BOC –entre los que se encontraba Maurín- tuvieron un gran protagonismo e impusieron su orientación. Tras horas de reunión y debate, se decidió convocar una huelga general para el día 5, al tiempo que se acordaba enviar una delegación para explicar a Companys los planes de la Alianza Obrera y para exhortarlo a que proclamara la República catalana. Previamente se había enviado otra delegación a Madrid para que se entrevistara con los delegados madrileños de la alianza con vistas a organizar un movimiento en todo el país.

A pesar de que la CEDA había anunciado que su programa de gobierno incluía, entre otras cosas, acabar con la autonomía catalana, el gobierno de la Generalitat no se mostró receptivo a las propuestas de la Alianza Obrera. Es más, el Consejero de Gobernación, Josep Dencàs, ordenó a la policía la disolución de una manifestación convocada por ésta. Sin embargo, a pesar del nulo apoyo de las fuerzas que sostenían el gobierno autónomo, de la actitud hostil de los “escamots” de Dencàs, y del desistimiento de los dirigentes de la CNT, la convocatoria de huelga consiguió paralizar Barcelona<sup>43</sup>. Por

organizadas por las Juventudes Socialistas quedaban inoperativas al no disponer de instrucciones a seguir, ni de armas, ni de ningún plan de combate.

Octubre de 1934 certificó la impotencia de la fracción largocaballerista, perdida en la inconsistencia de su ruptura con el reformismo del PSOE y sin elementos suficientes para hacer ésta de forma consciente, de la misma manera que significó otro lado, en buena parte de las más importantes localidades catalanas, los comités de alianza obrera consiguieron hacerse con el control de la situación en las respectivas poblaciones y se apoderaron del poder local ocupando los ayuntamientos. En Sabadell, la huelga había triunfado plenamente desde horas antes y los obreros controlaban la ciudad en la que el Comité de Alianza Obrera había proclamado la República catalana. A Lérida, también los trabajadores habían “tomado” la ciudad y habían arrinconado a la Guardia Civil. En Gerona, Tarragona, Reus, Sitges, Vilanova, el movimiento había triunfado igualmente. En esta última población se proclamó la República socialista. En todos estos sitios, la iniciativa correspondía a la Alianza Obrera o a las fuerzas que la componían. La Esquerra Republicana y el Gobierno de la Generalitat, fueron a remolque de la situación. Mientras llegaban noticias de que en Madrid, Asturias y otros puntos de España había estallado la huelga general, al anochecer del viernes día 5, tuvo lugar en Barcelona una manifestación convocada por la Alianza Obrera que agrupó miles de personas, exigiendo la instauración de la República catalana. El 6, nuevamente se formó una manifestación que, dirigiéndose a la sede del Gobierno, volvió a exigir la proclamación de la República Catalana y la entrega por éste de armas. A las ocho de la tarde, presionado por las circunstancias, Companys acabaría anunciando desde el balcón de la Generalitat la “creación del Estado catalán dentro de la República Federal española”. Los militantes de la Alianza Obrera exigían armas pero éstas no fueron entregadas por el Gobierno, mientras que por otro lado, los “escamots” organizados por Dencàs -que sí disponían de algunas armas-, así como numerosos militantes d’Esquerra y rabassaires que habían acudido para luchar, esperaban inútilmente instrucciones. Temían que si se entregaban armas a la Alianza Obrera, ésta se haría con el control de la situación en la capital catalana, como ya

<sup>43</sup> En algunas poblaciones como Badalona, Granollers, Ripoll, Súria y Terrassa, militantes cenetistas participaron plenamente

ocurría en otras poblaciones. Así las cosas, el gobierno de Madrid lo tuvo fácil: sin encontrar obstáculos, 500 soldados de la guarnición de Barcelona salieron de sus acuartelamientos para reprimir el acto de rebeldía del gobierno autónomo y para restablecer el orden público. Diez horas después del asedio de las tropas al palacio de la Generalitat, bombardeado por la artillería, el Gobierno catalán se rendía. Los “escamots” concentrados huyeron dejando las armas y los militantes de la Alianza Obrera se disolvían igualmente. En Barcelona, la resistencia se prolongó unas horas más en los locales del CADCI, en los que unos 40 militantes se habían atrincherado hasta que fueron doblegados a cañonazos. En las comarcas, la resistencia se prolongó hasta el día 9, fecha en la que el Ejército consiguió someter a los revolucionarios.

Sin duda fue en Asturias donde la insurrección caló más hondo. Aquí la Alianza Obrera contaba con los apoyos reales de todas las organizaciones a excepción de la del PC –que se uniría a última hora- y con una influencia contrastada. La madrugada del 4 al 5 de octubre empiezan los combates en Mieres, que se convierte en el centro de la insurrección asturiana, con el cerco de los mineros a los cuarteles de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto. El Ayuntamiento cae en poder de los revolucionarios y Manuel Grossi, vice-presidente del Comité Ejecutivo regional de la Alianza Obrera de Asturias, proclama la República socialista. Se nombra un Comité Revolucionario compuesto por dos representantes socialistas, dos de la CNT, dos del PC, y Grossi en representación del BOC y de la Alianza Obrera. Una vez controlada la situación en Mieres los revolucionarios deciden marchar hacia la capital, hacia Oviedo, para completar la victoria. Durante el 5, la lucha se extiende a la mayoría de pueblos de la región. En cada pueblo se ha constituido un Comité revolucionario y se han organizado milicias para ocupar la capital, cuyo asalto comienza a las 6 de la mañana del día 6. Diez horas después el ayuntamiento de Oviedo se haya ya en poder de los mineros, aunque no se controla completamente la ciudad. Otras localidades van cayendo en poder de los revolucionarios que a demás consiguen el apoyo de algunos destacamentos de soldados y se hacen igualmente con la fábrica de armas de Trubia y la fábrica de dinamita de la Manjoya. Aunque llegan noticias de que el gobierno catalán se ha rendido y que la

insurrección en Barcelona ha fracasado, los revolucionarios asturianos deciden continuar. El Cuartel General de las milicias –el “ejército rojo” minero- se haya instalado en la Casa del Pueblo de Mieres. Las milicias las forman grupos o compañías de 30 hombres con un responsable al frente, que hacen de la dinamita su principal arma de lucha. El 9 se apoderan de la fábrica de armas de Oviedo, mientras el gobierno reacciona enviando gran cantidad de tropas a Asturias y bombardeando ciudades como Gijón, que es ocupada por tropas del Tercio el día 10, igual que Avilés. Ante el avance del Ejército y prácticamente sin municiones, el 11, los revolucionarios deciden replegarse sobre la cuenca minera. La capital asturiana cae en poder de las tropas de López Ochoa el 12, tras lo cual se inicia inmediatamente una cruel represión. En los días siguientes, el avance los soldados de Regulares y del Tercio por toda la cuenca minera será imparable, y será acompañada igualmente de una represión feroz que no respetará a nadie. El 15, ante la escasez de munición y el aislamiento la realidad se impone: el Comité de Mieres acuerda comunicar al Comité Regional de la Alianza Obrera su criterio favorable a negociar el fin de los combates, criterio que es aceptado por este último. El 18, el Comité Provincial Revolucionario de Asturias hace público un manifiesto dirigido a todos los trabajadores en el que se pide que se depongan las armas “en evitación de males mayores”. Para el Comité provincial, se trata de “un alto en el camino, un paréntesis”<sup>44</sup>. Al día siguiente, finaliza toda resistencia. La lucha de los mineros asturianos se convertiría en un símbolo y en una referencia. A pesar de la derrota, el conjunto del movimiento obrero la interpretó como el Comité asturiano: como un paréntesis en la lucha. Los hechos que se producirían meses después lo confirmarían plenamente.

**José Antonio Pozo**

---

<sup>44</sup> Manuel Grossi: *op. cit.*, pág. 129.